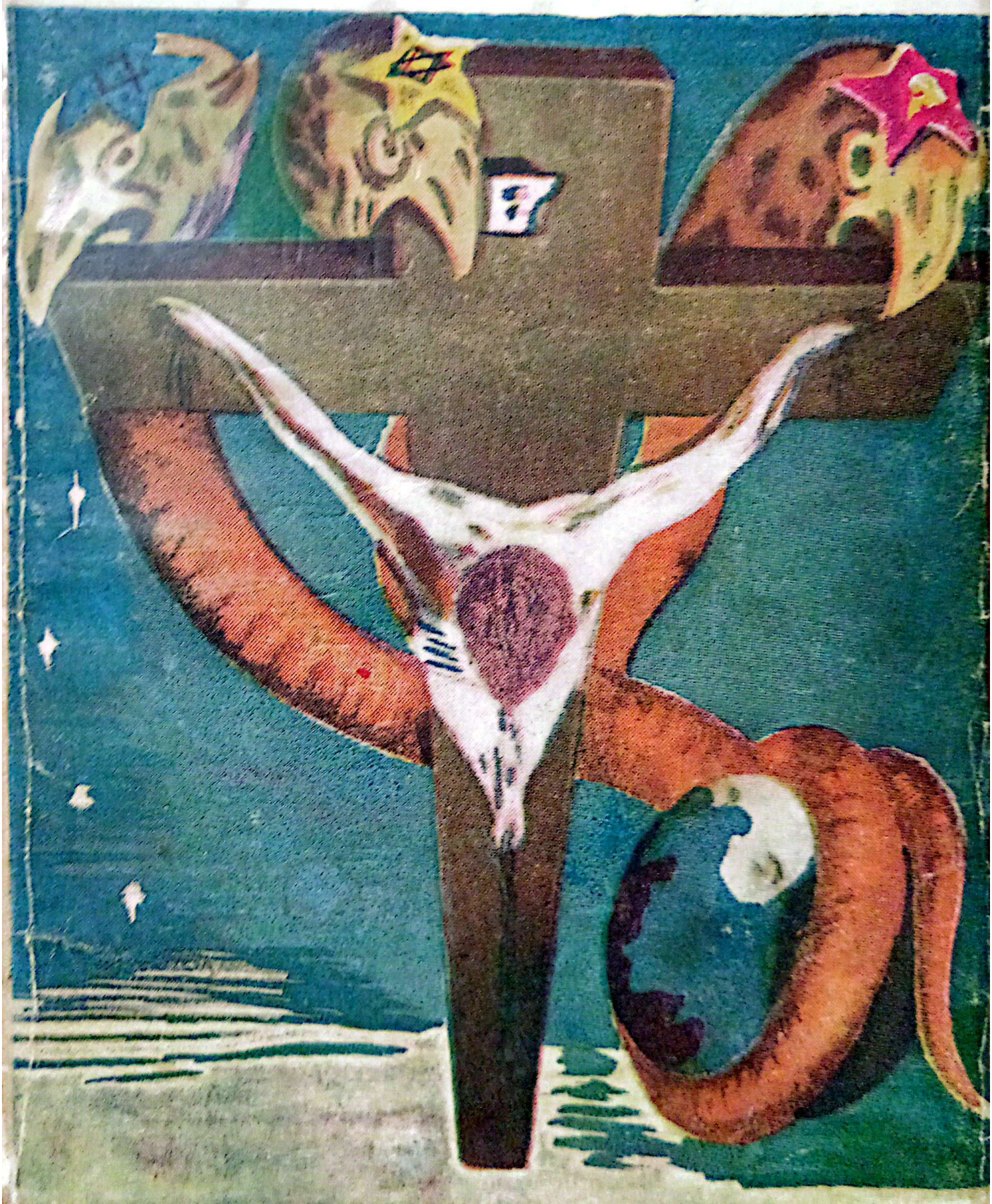
EL ANTISEMITISMO Y EL CONCILIO ECUMENICO
Y
QUE ES EL PROGRESISMO

Por el Pbro. Joaquín Sáenz Arriaga



DECLARACION:

El autor da testimonio de su adhesión inquebrantable a la Fe Católica, estando dispuesto a corregir cualquier error dogmático que la Autoridad Legítima se digne señalarle.

EL LABERINTO
$ 25.

EL ANTISEMITISMO Y EL CONCILIO ECUMENICO

Y

QUE ES EL PROGRESISMO

POR EL DR. EN TEOLOGIA

Pbro. Joaquín Sáenz Arriaga

PBRO. HERNÁN A. VERGARA MONROY

México, D. F.

PREFACIO

He amado y amo a la Iglesia con toda la sinceridad y con todo el fervor de que es capaz mi pobre persona. He trabajado y he luchado, según mis pequeñas posibilidades, por la santa causa de Dios y en esas lides he agotado lo que soy y lo que puedo. Para nosotros los que tenemos tradiciones e ideales españoles, esta postura encaja y se amolda en el estilo más puro de la rancia tradición de origen hispánico, de aquella "Hispanidad eterna" de que habla Morente, que no significa ni estancamiento, ni reacción, ni representa hostilidad al verdadero progreso, sino que consiste precisamente en el crecimiento armónico que en todos sus momentos y elementos lleva el cuño y estilo que definen la esencia misma de nuestra nacionalidad.

Sacerdote de Cristo, me adhiero a las viejas y apostólicas tradiciones del catolicismo. Yo no puedo admitir el que la Iglesia de Cristo, —nuestra Iglesia— haya vivido en el error por tantos siglos y que sea necesario redescubrir ahora el espíritu del Nuevo Testamento, sepultado por la obra nefasta de los Concilios y de los Papas.

Este nuevo trabajo pretende señalar al enemigo

y demostrar una vez más la labor solapada, sincronizada, mundial y permanente que el Judaismo Internacional ha realizado y sigue realizando en todas partes por destruir las bases mismas de la ortodoxia y de la unidad católica.

Joaquín Sáenz y Arriaga.
Dr. en Filosofía y Teología,
De la
Arquidiócesis de México.

EL ANTISEMITISMO Y EL CONCILIO ECUMENICO

Estamos en uno de los momentos más enigmáticos, más agitados, más desconcertantes de la humanidad. Parecen crujir y desplomarse nuestros principios, nuestra ideología, nuestras mismas creencias. Tenemos que revisar todo, tenemos que reconocer que estábamos equivocados, tenemos que pedir perdón a nuestros eternos enemigos, que simulando lo que no son, y lo que no sienten, y lo que no buscan, ni quieren, nos tienden hipócritamente las amigables manos.

Reconozco sinceramente los apostólicos anhelos que han lanzado a algunos hombres de la Iglesia a esta peligrosísima aventura, a esta ambiciosa y fluctuante política de la llamada "apertura a la izquierda", del "diálogo ecuménico", de la más tierna e indulgente benevolencia a "los hermanos separados". Pero, nada puede negarnos que nuestra caridad no puede comprometer la verdad, *ninguna sola verdad* de la doctrina inmutable del depósito de la Divina Revelación. Yo no tengo verdadera caridad a los hombres, cuando no amo a Dios sobre todas las cosas. Porque creo en Dios, por eso creo en el Papa y creo en el Concilio y creo en los obispos; porque quiero amar a Dios sobre todas las cosas,

por eso quiero amar y reverenciar y obedecer a sus ministros y representantes aquí en la tierra.

Es muy curioso observar el fenómeno psicológico de muchos de los más destacados propugnadores de las ideas progresistas, que, mientras son todo oídos y comprensión y bondad para los "hermanos separados", son, en cambio, todo dureza, todo desprecio, toda falta de caridad para los que firmes en la doctrina tradicional, en las definiciones dogmáticas de la Iglesia, no aceptamos, ni queremos doblegarnos a las novedades con que hoy quieren ellos acomodar nuestra fe a las pretensiones de los que hasta ayer considerábamos como herejes, cismáticos y enemigos de Dios.

El humorismo, que mitiga y alivia los más graves conflictos de los hombres, ha tenido sabrosos desahogos y críticas oportunas para expresar este comentario que está en los labios de sabios y de ignorantes. Un sacerdote excelente me decía: "Tenemos que hacernos ortodoxos, protestantes o masones, para ser tratados como "hermanos separados". Entonces seremos objeto de la caridad, comprensión y benevolencia que ahora no tenemos". Otro ejemplo: dicen que en el Concilio andaba el diablo y, cuando los Padres conciliares quisieron echarle fuera, él también reclamó sus derechos de "hermano separado".

De esta labor ecuménica quizás su promotor más destacado sea el Cardenal tudesco Agustín Bea, S.J. A pesar de sus años, es ya un anciano octogenario Su Eminencia, ha desplegado una actividad extra-

ordinaria en este campo. El número de observadores no católicos al Concilio, gracias a su asombroso dinamismo y a sus generosas condescendencias con los "hermanos separados", se elevó de 49, que asistieron en la primera sesión del Concilio representando a 17 iglesias no católicas, a 66 que en esta segunda etapa representan a 22 iglesias distintas de la nuestra.

La Prensa Asociada, el viernes 18 de octubre de 1963, después de hablar de la audiencia que S.S. Paulo VI concedió a esos observadores no católicos, nos dice: "Entre tanto, se anuncia que está listo un documento contra el antisemitismo, para ser presentado ante el Concilio. El documento, nuevo capítulo de un esquema sobre el ecumenismo —la búsqueda de la unidad cristiana— recalca la doctrina católica de que toda la humanidad comparte la responsabilidad de la crucifixión de Cristo" ...

"Una fuente próxima a la Secretaría del Cardenal indicó:

"Una cosa, que esperamos de este proyecto, es que ayude a poner fin al uso de referencias de las Escrituras sobre la crucifixión por parte de organizaciones antisemitas, como bases de panfletos para difundir el odio contra los judíos".

"El documento, continúa la Prensa Asociada, examina las raíces judio-cristiana de la civilización occidental y recalca la enseñanza católica de que la discriminación contra todo un pueblo por faltas de unos pocos es un grave pecado contra la justicia y la caridad".

Este reportaje de la Prensa Asociada, que en sus párrafos entre comillas bien puede atribuirse a Mons. Méndez Arceo, merece, concediéndole toda la autenticidad que se quiera, un análisis escrupuloso y una franca y categórica refutación. Distingamos los conceptos contenidos en las palabras literalmente copiadas:

1).—Se afirma que el Conciilo, o mejor dicho, la Secretaría que preside el Cardenal Bea prepara un documento, proposición dogmática o decreto disciplinario condenando el *antisemitismo.* Yo me imagino que la razón evidente de esta solemne condenación es que el antisemitismo es una perversa y diabólica herejía contra la Iglesia de Cristo. ¿Por qué? ¿Por discriminar o perseguir a un pueblo, a una raza, a un grupo social de la humanidad? En ese caso, espero que el Concilio, con una visión más ecuménica, condene dogmáticamente a toda segregación racial, a toda discriminación entre los hombres. Todas las hegemonías, todas las desigualdades humanas que engendran división, que originan injusticias, que son fuentes permanentes de inconformidades, de odios rencorosos y repugnantes tiranías entre los hombres, deben ser dogmáticamente condenadas por el Concilio. Es necesario que la Iglesia empiece a urgir la igualdad, la "egalité", que ya antes había proclamado la Revolución Francesa y que *en el fondo es un concepto profundamente cristiano.*

Porque sería intolerable y contradictorio el que el Concilio tan sólo extendiese su manto protector

sobre los judíos, dejando ignorados y desamparados a tantos grupos humanos, cuyas condiciones son, sin duda, más difíciles, más antihumanas, más odiosas que las que sufren o hayan podido sufrir los hijos de Israel. ¿Nos parecería justo que, mientras el Concilio condenase el antisemitismo, dejase sin condenación solemne y pública al comunismo, que ha destrozado y esclavizado a tantos pueblos, cubriendo de sangre, de dolor y de exterminio a medio mundo?

2).—Según el reportaje de la Prensa Asociada, el Cardenal Bea y con él Mons. Méndez Arceo y los otros elementos progresistas "urgidos en conciencia", quieren librar de una vez para siempre a los judíos de toda responsabilidad en el deicidio de Jesucristo. No fueron los judíos, dicen ellos contrariando la historia y la tradición, fuimos todos los hombres, fue la humanidad prevaricadora la que crucificó al Redentor. ¿No lo dice así el símbolo de nuestra fe: *qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelis. Crucifixus est etiam pro nobis* . . . Sí, por nosotros todos bajó del cielo, se encarnó y murió crucificado. Anás y Caifás y todo el Sanedrín tienen idéntica responsabilidad en ese crimen, que la que puedan tener su Eminncia o su Excelencia Reverendísima. Yo no creo que ellos quieran hacer, sin embargo, suyas aquellas voces blasfemas: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!"

No niego que toda la humanidad comparta, en algún sentido, en cuanto pobres y miserables peca-

dores que somos todos, la responsabilidad de la pasión de Jesucristo; pero, esta responsabilidad colectiva nada tiene que ver con el crimen personal, directo, formal del deicidio que la Sinagoga cometió. Judas, miembro del Colegio Apostólico, vendió al Señor; y no por eso vamos a decir, pese a nuestra personal responsabilidad, que el crimen de Judas es el crimen del Cardenal Bea, ni del Obispo de Cuernavaca.

Cuando Jesucristo lloró sobre la ciudad deicida de Jesuralem, cuando anunció proféticamente los castigos divinos que habrían de caer sobre su pueblo, de ser verdad la tesis que comentamos, el Señor anunció la *injusticia divina.* ¿Por qué castigar a ese inocente pueblo de un crimen que era igualmente imputable a toda la humanidad? ¿Por qué llamar a Judas "hijo de la perdición", si él no hizo otra cosa que realizar el decreto divino?

La humanidad prevaricadora, en su desgracia, atrajo sobre ella la infinita misericordia de Dios y la justicia se dio ósculo de reconciliación con la bondad infinita que encontró el camino de nuestra salvación por la Encarnación, pasión y muerte del Unigénito del Padre ;pero, esa Misericordia Infinita fue especialmente despreciada, ultrajada y sacrificada por la ingratitud y la perfidia del pueblo deicida.

3).—No sabía yo que fuese "enseñanza católica que la discriminación de un pueblo por faltas de unos pocos es un gran pecado contra la justicia y

la caridad". ¿Quién discriminó a ese pueblo, Dios, nosotros o sus dirigentes?

El pueblo de Israel fue el pueblo escogido por Dios para conservar el depósito de la divina revelación y preparar el advenimiento de Jesucristo. Todo fue previsto, todo estaba anunciado, a través del tiempo, por boca de los profetas. Y, sin embargo, llegada la plenitud de los tiempos, "*in propia venit, et sui eum non receperunt:* vino a los suyos y los suyos no le recibieron". Hubo ocasiones, en las que parecía que, ante la evidencia de la santidad de la vida y doctrina del Señor, ante sus múltiples y estupendos milagros, las multitudes se acercaban al reconocimiento y a la aceptación de su Mesías. De la buena fe del pueblo brotaron aquellas frases: "*Nunca ha aparecido en Israel un hombre semejante*". ¿"*Por ventura es éste el Hijo de David?* Pero los fariseos y los príncipes de la Sinagoga respondían, con tono de desprecio y ademanes de venganza: "*Este hombre arroja los demonios con la autoridad y el poder del Príncipe de las tinieblas*". Y el pueblo seducido y engañado seguía a sus jefes, que no reconocieron nunca ni la legación divina, ni la mesianidad, ni mucho menos la filiación divina de Jesús.

En el proceso del Señor aparece claro que la verdadera, la única causa de su condenación y de su muerte fue la afirmación categórica que El hizo de ser el Cristo, el Mesías prometido. Esta afirmación era intolerable para la ambición desmedida y la soberbia satánica de sus enemigos, que soñaban en

un reino material y en la *dominación de todos los otros pueblos de la tierra.* No puede entender la tenebrosa historia de la Sinagoga, quien pierda de vista esa ambición dominante e insaciable de los dirigentes del pueblo judío. Para ellos la negación del Cristianismo, su lucha secular en contra de él, no es sino la lógica secuela de la repulsa sangrienta que hicieron del Mesías. Cristo vive en su Iglesia y la obstinada perfidia de sus mortales enemigos tiene que seguir conspirando, persiguiendo y tramando la muerte del Cristo Místico, así como conspiró, persiguió y tramó el crimen nefando del Calvario.

No somos nosotros los que hemos discriminado al pueblo de Israel; son sus dirigentes, es su Sinagoga, la que, al rechazar al Hijo de Dios, enviado por su Eterno Padre para salvar al mundo, atrajo sobre el pueblo escogido la maldición divina. El velo del tabernáculo se rasgó y la Antigua quedó sustituída por la Nueva Alianza.

Es verdad que no fueron todos los judíos igualmente culpables. Fueron sus dirigentes, fue la Sinagoga, la secta soberbia de los fariseos la que en su odio implacable contra Jesucristo agotó la intriga y la calumnia para crucificar a su Mesías. Pero la solidaridad humana hace que muchas veces paguen los justos por los pecadores. En el diluvio, los niños que perecieron ciertamente no eran personalmente responsables de "la corrupción de la carne" que atrajo ese universal castigo. El pecado de Adán fue un pecado personal, pero Adán, cabeza física era

la caridad". ¿Quién discriminó a ese pueblo, Dios, nosotros o sus dirigentes?

El pueblo de Israel fue el pueblo escogido por Dios para conservar el depósito de la divina revelación y preparar el advenimiento de Jesucristo. Todo fue previsto, todo estaba anunciado, a través del tiempo, por boca de los profetas. Y, sin embargo, llegada la plenitud de los tiempos, "*in propia venit, et sui eum non receperunt:* vino a los suyos y los suyos no le recibieron". Hubo ocasiones, en las que parecía que, ante la evidencia de la santidad de la vida y doctrina del Señor, ante sus múltiples y estupendos milagros, las multitudes se acercaban al reconocimiento y a la aceptación de su Mesías. De la buena fe del pueblo brotaron aquellas frases: "*Nunca ha aparecido en Israel un hombre semejante*". ¿"*Por ventura es éste el Hijo de David?* Pero los fariseos y los príncipes de la Sinagoga respondían, con tono de desprecio y ademanes de venganza: "*Este hombre arroja los demonios con la autoridad y el poder del Príncipe de las tinieblas*". Y el pueblo seducido y engañado seguía a sus jefes, que no reconocieron nunca ni la legación divina, ni la mesianidad, ni mucho menos la filiación divina de Jesús.

En el proceso del Señor aparece claro que la verdadera, la única causa de su condenación y de su muerte fue la afirmación categórica que El hizo de ser el Cristo, el Mesías prometido. Esta afirmación era intolerable para la ambición desmedida y la soberbia satánica de sus enemigos, que soñaban en

un reino material y en la *dominación de todos los otros pueblos de la tierra.* No puede entender la tenebrosa historia de la Sinagoga, quien pierda de vista esa ambición dominante e insaciable de los dirigentes del pueblo judío. Para ellos la negación del Cristianismo, su lucha secular en contra de él, no es sino la lógica secuela de la repulsa sangrienta que hicieron del Mesías. Cristo vive en su Iglesia y la obstinada perfidia de sus mortales enemigos tiene que seguir conspirando, persiguiendo y tramando la muerte del Cristo Místico, así como conspiró, persiguió y tramó el crimen nefando del Calvario.

No somos nosotros los que hemos discriminado al pueblo de Israel; son sus dirigentes, es su Sinagoga, la que, al rechazar al Hijo de Dios, enviado por su Eterno Padre para salvar al mundo, atrajo sobre el pueblo escogido la maldición divina. El velo del tabernáculo se rasgó y la Antigua quedó sustituída por la Nueva Alianza.

Es verdad que no fueron todos los judíos igualmente culpables. Fueron sus dirigentes, fue la Sinagoga, la secta soberbia de los fariseos la que en su odio implacable contra Jesucristo agotó la intriga y la calumnia para crucificar a su Mesías. Pero la solidaridad humana hace que muchas veces paguen los justos por los pecadores. En el diluvio, los niños que perecieron ciertamente no eran personalmente responsables de "la corrupción de la carne" que atrajo ese universal castigo. El pecado de Adán fue un pecado personal, pero Adán, cabeza física era

también cabeza moral, representante jurídico de todos sus descendientes; por eso dice San Pablo que en él todos pecamos y todos incurrimos en la común condenación. ¿Es acaso una injusta condenación; es un absurdo divino?

¿Quién, por ignorante que sea, va a negar ahora la especialísima solidaridad que existe en el pueblo de Israel? La sangre judía es inconfundible y por muy mezclada que se halle no deja de mostrar los caracteres buenos y malos de la raza que un día fue el pueblo predilecto del Señor.

4).—El reportaje de la Prensa Asociada nos dice que el celo de su Eminencia el Cardenal Bea, de su Excelencia el Obispo de Cuernavaca —ellos parecen ser los principales promotores del proyecto contra el antisemitismo— espera que dicho decreto conciliar "ayude a poner fin al uso de referencias de las Escrituras sobre la crucifixión por parte de organizaciones antisemitas, como bases de panfletos para difundir el odio contra los judíos". ¡Cuántos sofismas en tan pocas palabras! Que demuestran que el uso de esas "*referencias*" es incorrecto, es arbitrario, es falso, es calumnioso. Sería necesario suprimir toda la tradición cristiana de veinte siglos que unánimemente ha usado el mismo lenguaje, ha tenido las mismas creencias y ha meditado y vivido las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento. No son solamente las organizaciones antisemitas, ni son tan sólo libelos o panfletos los que han hecho uso de esas referencias; son los Santos Padres, son los Papas, los Concilios, es la liturgia de la Iglesia, es la misma

Biblia que indeleblemente condena la perfidia del pueblo de Israel. El silencio que piden los promotores del proyecto en defensa del judaísmo internacional implica en cierto modo una condenación intolerable de la Sagrada Escritura. Para acabar con las referencias escriturísticas sería menester acabar con el valor histórico y con la inspiración divina de la Biblia. ¿Por qué hacer callar a la Escritura, porque miente o porque dice la verdad? La Escritura no miente, ni puede mentir, porque es la palabra de Dios, luego la razón verdadera del silencio que quieren imponernos, es la verdad, la verdad indeleble, consignada en el texto Sagrado y que en boca divina condena la perfidia, la ingratitud y las maldades del "pueblo de dura cerviz".

Dios había prometido a su pueblo sus bendiciones, si guardaba sus mandamientos, "*Si de verdad escuchas la voz de Yavé, tu Dios, guardando diligentemente todos sus mandamientos, que hoy te prescribo, poniéndolos por obra, Yavé, tu Dios, te pondrá en alto sobre todos los pueblos de la tierra*" . . . Pero esas bendiciones divinas eran condicionadas; exigían la observancia fiel de la ley divina. Si el pueblo de Israel no aceptaba prácticamente los preceptos de Dios, si quería sacudir el yugo de su ley divina, el Señor también lanzaría sobre él el furor y los castigos de su justicia infinita: "*Pero, si no obedeces la voz de Yavé, tu Dios, guardando todos sus mandamientos y todas sus leyes que yo te prescribo hoy, he aquí las maldiciones que vendrán sobre ti y te alcanzarán: Maldito serás en*

la ciudad y maldito en el campo. Maldita tu canasta y maldita tu artesa. Maldito será el fruto de tus entrañas, el fruto de tu suelo y las crías de tus vacas y de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar y en salir. Y Yavé mandará contra ti la maldición, la turbación y la amenaza en todo cuanto emprendas hasta que seas destruido y perezcas bien pronto, por la perversidad de tus obras, con que te apartaste de Mí . . . (Deuteronomio XXVIII).

La palabra de Dios escrita está. Los cielos y la tierra pasarán, pero esa palabra no pasará.

No solamente quebrantaron los Mandamientos de Dios y todo aquello que El había establecido como condición absoluta, para perpetuar sus bendiciones y hacer de Israel el Pueblo Elegido; sino que los hebreos, violando el pacto con Dios, quebrantando la ley divina y rechazando blasfema y sangrientamente al Cristo prometido, se hicieron reos del deicidio y con ese crimen inauguraron una serie horrenda de crímenes que en dos mil años han cometido en contra de la humanidad regenerada y santificada por Cristo.

¿ES ANTISEMITISMO LA CONDENACION Y PUBLICA EXPOSICION DE LOS CRIMENES DEL JUDAISMO INTERNACIONAL?

Tan absurda sería la afirmación de que todo judío por el hecho de ser judío es un criminal, como, cambiando los calificativos, la afirmación de que todo judío por el hecho de ser judío es incapaz de

crimen alguno, incluso, del crimen de los crímenes, del crimen del deicidio.

Es necesario precisar el sentido de los términos, para no sufrir sofísticas propagandas, que quisieran desorientar las opiniones e impedir de esta manera las necesarias defensas de todo lo que somos y de todo lo que creemos.

Una cosa es el antisemitismo —ese crimen, ya elevado a categoría de lesa humanidad, acaso a crimen de lesa divinidad, porque ante los crímenes de que han sido víctimas los judíos se borran o no existen los crímenes perpetrados por ellos con categoría de genocíneos seculares y millonarios, si las víctimas son cristianos—, y otra cosa totalmente distinta es la reacción del mundo libre ante las atroces y seculares fechorías del Judaísmo kabalista y talmúdico. El Antisemitismo de tipo racista, determinista, materialista, nunca ha existido entre cristianos. Judío fue el fundador del cristianismo, judíos han sido no sólo sus apóstoles, sus primeros fieles, sino innumerables y preclaros defensores y paladines de la causa cristiana. El judío, por el hecho de ser judío, no está impulsado fatalmente al mal; puede ser y es sujeto del bien. También por ellos murió Jesucristo, también ellos, aun antes que nosotros, recibieron la vocación divina de la fe y de la salvación. La Iglesia católica condena el antisemitismo, como condena toda discriminación racial, como condena todos los crímenes del Comunismo y la Masonería.

Pero, el cristianismo es la antítesis total del ka-

balismo y talmudismo: lucha secular en contra de Cristo, del Cristo Redentor y del Cristo Místico; ambición de dominio universal de todos los pueblos y de todas las naciones; perpetuación de la Sinagoga de Satanás, de aquel Sanedrín que condenó a muerte a Jesús de Nazaret.

Sería una mentira histórica creer y sostener que todos los judíos, por el hecho de ser judíos están fatalmente determinados a profesar el kabalismo y el talmudismo, a luchar secularmente para destruir el Cristianismo y esclavizar a la Cristiandad; pero, sería igualmente una negación completa de la historia el solapar con el velo piadoso de la fraternidad universal, de la caridad cristiana, a esa secta kabalística-talmúdica, que entre los judíos ha intentado desde hace 20 siglos tan satánica empresa.

La Biblia, Jesucristo, los Apóstoles en sus Epístolas, la Iglesia, sus Doctores, sus Concilios, sus Papas, su tradición, su historia veinte veces secular han condenado a esa secta satánica, porque ella es el antiteísmo, el anticristianismo, la esclavitud de los pueblos y de los individuos, por medio de sus agencias principales: *la Masonería* y *el Comunismo.*

El Premier de Inglaterra, Benjamín Disraeli, escribe en su "*Life of Lord George Bentinck*", p. 497:

"Se puede medir hasta dónde llegó la influencia judía en las últimas revoluciones de Europa. Se produjo un movimiento contra la tradición, la religión y la propiedad. La destrucción del principio semítico y su extirpación en la religión judía, tanto en su forma mosaica como en sus formas cristianas;

la igualdad natural de los hombres y la anulación de la propiedad fueron decretadas por las sociedades secretas que forman el gobierno provisional, y al mando de cada una de ellas están hombres de raza judía.

"El *pueblo de Dios* coopera con los *sin dios;* los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a los comunistas, y la raza elegida va de la mano con la escoria de las castas inferiores de Europa".

"Y todo ello tan sólo porque quieren destruir la cristiandad..."

Así habla Disraeli, un judío de pura cepa. Con razón Albert Caraco: "Apologie d'Israel. Flaidoyer pour les indéfendables, p. 134. París, 1957, en un extraño rasgo de sinceridad, decía a los judíos: "Los que os matan se os parecen, y aquellos que os respetan no se os parecen. Que si todos los hombres fueran judíos, no subsistiría un judío entre los hombres".

En realidad, los judíos, como raza y como pueblo, han encontrado siempre, pese a los crímenes y a la conspiración permanente de la Sinagoga, en la Iglesia Católica su mayor protección y su mejor defensa, cuando los gobiernos y los pueblos, al darse cuenta de sus fechorías, los han expulsado y los han perseguido. Para citar un ejemplo reciente, muy reciente, copio del periódico semanal hebreo "Israel", que edita la Comunidad Israelita de Roma, en su núm. del 13 de junio pasado, pag. 2, traduciendo fielmente del original italiano los últimos cuatro párrafos del artículo:

La obra de Monseñor Roncalli durante las persecuciones:

"En el año de 1944, Hirschamann se encontraba en los Balcanes como enviado personal del presidente americano Roosevelt, con el encargo de socorrer a los judíos de aquellos países. Aquel mismo año, el Nuncio Angel Roncalli se encontraba en Turquía como Delegado Apostólico. Hirschamann pidió audiencia al futuro Papa para pedirle que la Iglesia Católica, todavía poderosa en aquel tiempo en la Hungría invadida por las fuerzas nazistas, cooperase para salvar a los judíos de la destrucción en masa.

"Nunca he encontrado un hombre cuya cordialidad y calor humano fueran así radiantes", declaró Hirschamann recordando aquella conversación.

"Después de haber sorbido juntos dos vasos de vino, el Nuncio escuchó las palabras del enviado de Roosevelt. "¿Piensa —preguntó luego a Hirschamann— que los judíos de allá abajo estén dispuestos a someterse al rito del bautismo?"

"El americano creyó poder asegurar que lo consentirían, a fin de evadirse a las persecuciones. El Nuncio dispuso entonces que el clero húngaro procediese al bautismo de los judíos entregándoles el certificado correspondiente. Como católicos los judíos tuvieron la posibilidad de estar en seguridad, quedando dentro del ámbito de la Iglesia o continuando por su propio camino. (O sea, permaneciendo judíos)".

"Hirschamann añadió que grupos de judíos húngaros que actuaban clandestinamente en Hungría

imprimieron más tarde miles de certificados de bautismo sin celebrar el rito católico. Según Hirschamann, Monseñor Roncalli se enteró, pero no dijo nunca nada. "Se trató de un amoroso servicio por parte de un gran hombre", comentó Hirschamann. Yo pienso que es una nueva calumnia judía, aunque aparentemente confirma la protección eclesiástica de que hablamos.

Pero, si la Iglesia, si los Papas condenan el antisemitismo racial, si protegen a los judíos perseguidos, no pueden, sin embargo, cerrar los ojos ante los crímenes con que la poderosa secta kabalista-talmúdica conspira ahora, como hace veinte siglos, en contra de Dios y de su Cristo.

"La condenación totalitaria e indistinta de todo el pueblo judío —y tal es el verdadero significado del antisemitismo— sólo es lógicamente posible profesando un anticristianismo absoluto. Es decir, negando al judío, por serlo, el ser hombre redento por Cristo, el ser objeto de Gracia y, por último creerlo determinado fatalmente al mal por su sangre y raza.

"Si todo ello es absurdo fuera de cualquier filosofía panteísta, lo ha de ser en grado sumo dentro de la filosofía y teología cristiana ;pero, sobre todas, dentro de la filosofía y teología católicas; porque precisamente ahí, en lo católico, en lo universal, pone su más agudo y alto acento. Es faltar a una esencia del catolicismo excluir a un hombre, raza o pueblo de la universal redención, de la gracia providencial y negarle su libertad para realizar el bien o el mal.

"Sólo reduciendo la teología, la filosofía y la historia a zoología —como hacen marxismo y nazismo— se puede dialéctimaente ser racista y, por lo tanto, antisemita.

"Mas si la religión, la filosofía y la humanidad nos dictan condenación severa contra el antisemitismo —y lanzada queda—, la religión, la filosofía, la humanidad, nuestro patriotismo, y hoy la solidaridad europea nos imponen el no conceder plena *impunidad* al criminal individual sólo por el hecho de ser judío, y menos aun a la secta o grupo judío, nacional o internacional, criminal de guerra y paz...

"Incurrir en conceder impunidad total y permanente a entidad o individuo, sólo por ser judío, sería tanto como crear otro racismo, por el cual, en lugar de ser el judío un criminal fatal y nato, se le convertiría en un ente incapaz del pecado y del delito... Tan absurdo es condenar a un inocente como brindar impunidad a un criminal sólo por ser judío. Tan culpable puede ser una condena como una absolución injusta; porque absolver a un hombre o a un grupo cuando son reos de lesa patria o lesa humanidad es tanto como condenar a la patria y a la humanidad a ser asesinadas.

"Se impone acusar al criminal, sobre todo si es un criminal contra la paz, sin que importe su idea, raza o religión. Nuestro deber como cristianos es denunciar el peligro y denunciar a los autores de ese peligro. Nos lo impone nuestro amor indistinto, cristiano, a todos los hombres; y, por lo tanto, a todos los judíos.

"No en vano estamos convencidos de una verdad que hallamos en toda la historia universal, escrita con sangre israelita en todas las esquinas del planeta, la cual nos dice que la primera víctima, la eterna, de la secta judía talmúdico-kabalista, en su lucha por el poder universal, siempre ha sido, es y será el pueblo de Israel, en quien injusta y equivocadamente hacen justicia las naciones, haciendo pagar al pueblo entero la traición permanente y los delitos que una escasa minoría, una secta hebrea, cometió, comete y cometerá. Porque tal secta es poderosa y secreta . . . Y cuando la hora de las justicias y venganzas llega, son los hombres de la secta quienes se salvan y el pueblo judío el asesinado en masa". (Mauricio Carvalilla: Advertencia previa y necesaria al libro de Arthur Rogers: *"El Misterio del Estado de Israel"*).

Del mismo autor, en otra de sus obras, —es una autoridad en la materia— tomamos ahora una acusación a todo el pueblo de Israel:.

"Y sólo ya señalar una culpabilidad judía; ésta sí, de toda la raza hebrea.

"Si no todos los alemanes eran nazis, todos los nazis eràn alemanes; y si no todos los norteamericanos son ku-klux-klan, todos los ku-kluxklan son norteamericanos. Igualmente, si no todos los judíos son kabalistas-talmudistas, todos los kabalistas-talmudistas son judíos. Es evidente que tanto en Alemania como en Norteamérica existieron y existen antinazis y antiku-klux-klan militantes, activos, que lo hacen todo para denunciarlos y para diferenciarlos de sí

mismos y de los pueblos alemán y norteamericano . . . Y preguntamos a la mayoría del pueblo judío, a esa mayoría que no la creemos con intención ni acción en la destrucción de la Cristiandad:

"¿Qué judío ha denunciado a ninguna entidad o personalidad judía por conspirar y luchar para destruir la Cristiandad?

"O siquiera:

"¿Qué judío ha hecho algo para diferenciar a los judíos, autores del crimen de lesa Humanidad y de lesa Cristiandad, de la gran masa del pueblo judío, inocente de tal crimen? . . .

"Ninguno, lectores; ninguno.

"Muy al contrario; una gran cantidad de personalidades, ante todo, escritores israelitas, atribuyen al pueblo hebreo en masa la "gloria" del crimen de lesa Humanidad y de lesa Cristiandad; y, desde luego, ninguna personalidad ni escritor judío ha condenado, y ni siquiera diferenciado, a la entidad talmúdico-kabalista, que cometió y está cometiendo el crimen de lesa Humanidad y lesa Cristiandad, de la masa judía inocente.

"Muy al contrario. Unánimemente, personalidades y escritores israelitas, en el mundo entero, no sólo no denuncian, no sólo no discriminan a la masa judía honesta de la masa homófoba, deófoba y cristianófoba, sino que niegan con todas sus fuerzas la existencia de los criminales judíos y hasta la existencia del mismo crimen . . .

"Sometemos a los judíos la consideración del hecho:

Si el pueblo judío, gran víctima histórica del crimen de lesa Humanidad y de lesa Cristiandad, no quiere denunciar al criminal, no quiere diferenciarse de la minoría kabalista que secularmente, y hoy como jamás, "quiere destruir la Cristiandad", ¿cómo pueden pretender que al defenderse los Estados y pueblos cristianos discriminen y diferencien a criminales de inocentes?...

"¿Cómo han de diferenciarlos y por qué medios, si ellos, los judíos, no quieren diferenciarse?...

"Y no sólo no quieren diferenciarse, sino que los más insignes judíos, por sus hechos y palabras, atribuyen el "honor" del secular crimen de lesa Cristiandad al pueblo judío en masa...

"He aquí no la justificación, sino la explicación del pogrom y el genocinio judío...

"No soñéis judíos jamás con que un pueblo no defienda su religión, patria y vida por el escrúpulo de hacer víctimas inocentes. En tal trance, su moral es *una moral de guerra.*

"Si, defendiéndose, matan criminales e inocentes a la vez, culpa será en gran parte de los judíos inocentes, por no haberse librado o por no haberse diferenciado previamente de los criminales; porque su silencio contribuye a dar apariencia de verdad a la identidad del pueblo judío con la minoría criminal judía; identidad por tal minoría proclamada, y no negada por judío alguno.

"No lo esperéis jamás, judíos; los pueblos no discriminarán, porque no saben discriminar ni les dais elementos de juicio para discriminar, y la his-

toria entera demuestra que los pueblos, con discriminación o sin ella, tarde o temprano, se defenderán.

"Allá tú, pueblo judío, si tienes vocación de suicidio al no querer expulsar de tu seno a los que quieren destruir la Cristiandad . . .

"Si tú tienes vocación de suicidio, sábelo: la Cristiandad ni puede ni quiere suicidarse.

"Debía ser dicho; y dicho está".

LA MASONERIA Y EL JUDAISMO INTERNACIONAL

El Sumo Pontífice, S.S. León XIII, en su Encíclica "Humanum Genus" del 20 de abril de 1884, nos dice:

"El humano linaje después de haberse, por envidia del demonio, miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos, de los cuales el uno combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario a la virtud y la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual, quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y su unigénito Hijo con todo su entendimiento y con toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehusan obedecer a la ley divina y eterna y acometen,

empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo . . .

"Durante toda la continuación de los siglos contienden entre sí con varias y múltiples armas y peleas, aunque no siempre con igual ímpetu y ardor. En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los *masones* extensamente dilatada y firmemente constituída. Sin disimular ya sus intentos, audacísimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que le granjeó Jesucristo, nuestro Salvador . . ."

"Los Romanos Pontífices, nuestros antecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron bien pronto quién era y qué quería este capital enemigo apenas asomaba entre las tinieblas de su oculta conjuración; y como declarando su santo y seña, amonestaron con previsión a Príncipes y pueblos que no se dejaran coger en las malas artes y asechanzas preparadas para engañarlos. Dióse el primer aviso del peligro el año de 1738 por el Papa Clemente XII, cuya Constitución confirmó y renovó Benedicto XIV. Pío VII siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución apostólica *Quo graviora* lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó *para siempre*. Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX,

por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido".

"Y, en efecto, puesta en claro la naturaleza e intento de la secta masónica por *indicios manifiestos, por procesos instruídos, por la publicación de sus leyes, ritos y anales, allegándose a esto muchas veces las declaraciones mismas de los cómplices*, esta Sede Apostólica denunció y proclamó abiertamente que la secta masónica, constituída contra todo derecho y conveniencia, era no menos perniciosa al Estado que a la Religión Cristiana, y amenazando con las más graves penas que suele emplear la Iglesia contra los *delincuentes*, prohibió terminantemente a todos inscribirse en esta sociedad. Llenos de ira con esto sus secuaces, juzgando evadir o debilitar a lo menos, parte con el desprecio, parte con las calumnias, la fuerza de estas sentencias, culparon a los Sumos Pontífices que las decretaron de haberlo hecho injustamente o de haberse excedido en el modo. Así procuraron eludir el peso de autoridad de las Constituciones Apostólicas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII y Pío IX . . ."

"Pero lo que sobre todo importa es ver comprobada por los sucesos la previsión de nuestros antecesores. En efecto, no siempre ni en todas partes lograron el deseado éxito sus cuidados próvidos y paternales; y esto, o por el fingimiento y astucia de los afiliados a esta iniquidad, o por la inconsiderada ligereza de los otros, a quienes interesaba en gran manera velar con diligencia en este negocio. Así que en espacio de siglo y medio la secta de los

PBRO. HERNÁN A. VERGARA MONROY

masones se ha apresurado a lograr aumentos mayores que cuanto podía esperarse, y entrometiéndose por la audacia y el dolo en todos los órdenes de la república, ha comenzado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados. De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en la potestad de los príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por nuestros antecesores; y se ha llegado a punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavado por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logran influencia la secta de que hablamos u otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites...

"Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y a donde vuelven. Estas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas, y tengan sus juntas a vista de todos, y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas, son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan. Pues muchas cosas hay en ellas semejantes a los arcanos, la cuales hay mandato de ocultar con muy exquisita diligencia, no sólo a los extraños, sino a muchos de sus mismos adeptos, como son los últimos y verdaderos fines, los jefes supremos de cada fracción, ciertas reuniones más íntimas y secretas, sus deli-

beraciones, por qué vía y con qué medios se han de llevar a cabo. A esto se dirige la múltiple diversidad de derechos, obligaciones y cargos que hay entre los socios, la distinción establecida de órdenes y grados y la severidad de la disciplina por que se rigen. Tienen que prometer los iniciados, y aun de ordinario se obligan a jurar solemnemente, no descubrir nunca ni de modo alguno sus compañeros, sus signos, sus doctrinas. Con estas mentidas apariencias y arte constante de fingimiento, procuran los masones con todo empeño, como en otro tiempo los maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Buscan hábilmente subterfugios, tomando la máscara de literatos y sabios que se reúnen para fines científicos, hablan contínuamente de su empeño por la civilización, de su amor por la ínfima plebe; que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar a cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil... Además, deben los afiliados dar palabra y seguridad de ciega y absoluta obediencia a sus jefes y maestros, estar preparados a obedecerles a la menor señal e indicación, y de no hacerlo así, a no rehusar los más duros castigos, ni la misma muerte. Y, en efecto, cuando se ha juzgado que algunos han hecho traición al secreto o han desobedecido las órdenes, *no es raro darles muerte con tal audacia y destreza, que el asesino burla muy a menudo las pesquisas de la policía y el castigo de la justicia.* Ahora bien: esto de fingir y querer esconderse, de sujetar a los hombres como esclavos con fortísimo lazo y sin

causa bastante conocida, de valerse para toda maldad de hombres sujetos al capricho de otro, de armar los asesinos procurando la impunidad de sus crímenes, es una monstruosidad que la misma naturaleza rechaza, y, por lo tanto, la razón y la misma verdad evidentemente demuestran que la sociedad de que hablamos pugna con la justicia y la probidad naturales.

"Singularmente cuando hay otros argumentos, por cierto clarísimos, que ponen de manifiesto esta falta de probidad natural. Porque por grande astucia que tengan los hombres por ocultarse, por grande que sea su costumbre de mentir, es imposible que no aparezca de algún modo en los efectos la naturaleza de la causa. *No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos* (Mat. VII, 18); y los frutos de la secta masónica son, además de dañosos, acerbísimos. Porque de los certísimos indicios que hemos mencionado antes, resulta el último y principal de sus intentos; a saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *naturalismo*".

Sería interesante y necesario transcribir aquí toda esa Encíclica valiente y decidida, para refutar de una vez por todas a los que "urgidos en conciencia" pretender defender a la Masonería de su monstruosa y secular historia de crímenes, de revoluciones, de ataques permanentes a nuestra civilización cristiana de Occidente. Que lean esa Encíclica los

que no la conocen; que la recuerden los que la olvidaron. Es una Encíclica cuya actualidad no ha pasado, actualmente está quizás hoy más viviente que nunca.

Pero, me preguntaréis ¿qué relación tiene la masonería con el Judaísmo Internacional? El ilustre e insigne jesuíta Mons. León Meurin S.J., Arzobispo de Port-Louis, en su obra *Simbolismo de la Masonería*, con una documentación exuberante demuestra que han sido judíos los fundadores, organizadores y dirigentes de la Masonería, con la que ellos han pretendido conseguir e implantar su dominio mundial, después de destruir a la Iglesia Católica y a las otras religiones existentes.

"El primer Consejo Supremo de la Masonería, dice Mons. Meurin, definitivamente constituído, el 31 de mayo de 1801 en Charleston, grado 33 de la latitud norte, bajo la presidencia del judío Isaac Long, nombró Inspector General al judío Moisés Cohen, que había recibido su grado en Spitzer, del hebreo Morín".

Eran también hebreos los fundadores de ese primer Gran Consejo, que desde entonces vino a convertirse en el centro de la Masonería cosmopolita. En 1889, el 14 de julio, el Soberano Pontífice (S.·. P.·.) Albert Pike, "Poderosísimo Soberano Comendador, Gran Maestro del Supremo Consejo de Charleston del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, Primer Consejo Supremo del Globo; Gran Maestro Supremo Conservador del Sacro Palladium, Soberano Pontífice de la Masonería Universal" publicó su

Encíclica, en el año décimo tercero de su pontificado, asistido por los Ilustrísimos, Muy Iluminados y Muy Sublimes Hermanos, Soberanos Inspectores Generales, Electores Mayores que componen el serenísimo Gran Colegio de los Maestros Elegidos, Consejo de la Falange Especial y del Sacro Batallón de la Orden". La Encíclica enumera 23 Consejo Supremos Potenciales de los cuales el de Charleston es el primero, esparcidos por todo el mundo. Enumera también 100 "*Grandes Orientes*" y la "Gran Logia" de todos los ritos, en comunicación con el Supremo Consejo de Charleston como soberana potencia masónica. En todo el ritual y la terminología y los signos aparecen claras, precisas, incuestionables las huellas indelebles del Judaísmo Internacional, de la Kabala, del hebraísmo, la reconstrucción del templo de Salomón, la estrella de David, y los nombres de los diversos grados como "caballero Kadosh" (Kadosh en hebreo significa santo), "príncipe de Jerusalén", "príncipe del Líbano", "caballero de la serpiente de Airen", etc.

En su cronología, la *era judaica* es usada por los altos grados de la Masonería Escocesa. Pike en su Encíclica escrita en 1881, da como fecha: *anno mundi* 5641.

A propósito de la llamada Encíclica de Pike, consúltese el diccionario Enciclopédico de la Masonería. Vol. 3o. y la Historia de la Masonería, texto de Findel, pág. 325 —primera columna— Suplemento. Vale la pena citar aquí algunas de las palabras del Soberano Pontífice (S.·. P.·.) Albert Pike:

"Los descarriados que glorifican a Satanás consideran, en general, que el Dios de los sacerdotes ha faltado a pretendidas promesas hechas por él a la humanidad, y, ante el incumplimiento de este Dios, ellos hacen un llamamiento al diablo. Tal es el sistema de la *goetía*, que es una aberración, que es la demonomanía.

"¿Existe el diablo? —Los sacerdotes dicen: sí. —Nosotros respondemos: no.

"¿Quién es el diablo? —Es, dicen los sacerdotes, el príncipe de los ángeles, que se ha rebelado contra Dios y que, habiendo sido vencido por el Arcángel Miguel, para su castigo ha sido precipitado al infierno, donde está condenado a quemarse eternamente en compañía de otros ángeles, sus cómplices, convertidos en demonios, y con aquellos de los humanos que no han vivido según la ley de los sacerdotes.

"Ahora bien, esta leyenda sacerdotal no es más que una infame mentira, y nuestros hermanos que glorifican a Satanás contribuyen en realidad a consagrar la impostura y perjudicarnos torpemente ante la opinión de la multitud ignorante.

"Debido a ello, Nos condenamos de la manera más formal la doctrina del satanismo, que es una divagación de naturaleza, adecuada para hacer el juego a los sacerdotes. Los masones satanistas dan, sin duda, armas contra la Masonería a nuestros enemigos.

"Lo que nosotros debemos decir a la multitud

es: nosotros adoramos a un dios, pero es el dios que es adorado sin superstición.

"A vosotros, Soberanos Grandes Inspectores, Generales (33.·.) nos decimos, para que vosotros lo repitáis a los hermanos de los 32º, 31º y 30º (y no a los hermanos de grados inferiores): la religión masónica debe ser para todos nosotros iniciados de los altos grados, mantenida en la pureza de la *doctrina luciferina* porque el dios Lucifer de la teurgia moderna no es el diablo Satán de la vieja *goetía*"...

Si; la Masonería es el *luciferismo*, porque es la negación de Dios, porque es el querer enfrentarse al Altísimo, porque es el dualismo maquiavélico, porque es el *Arrianismo*, porque es la Kabala, el Talmud, el fariseísmo, el Sanedrín que hoy, como ayer, sigue negando a Cristo, sigue soñando en la dominación universal de todos los pueblos y de todas las naciones.

¡Con razón escribe L. Poncins ("*Las fuerzas secretas de la revolución*" pág. 139 a 141):

"La universalidad de la Francmasonería, su duración, la invariabilidad de sus fines, solamente pueden ser perfectamente comprensibles, si se trata de una creación hebrea, que sirve a los intreses hebreos. Todo eso resultaría absolutamente incomprensible, si los orígenes de la Francmasonería fuesen cristianos".

El fin invariable, decidido, agresivo y perverso de la Masonería es la destrucción de la ciudad cristiana, del cristianismo, que es el Cristo que vive

entre nosotros y que, hoy como ayer, sigue siendo rechazado, negado y perseguido por sus irreconciliables enemigos, los dirigentes del pueblo judío.

"La Fracmasonería es una sociedad secreta, dirigida por una minoría internacional, que ha jurado un odio implacable al Cristianismo. Estos caracteres son precisamente los distintivos inconfundibles del judaísmo. Lo secreto, lo indefinido exteriormente; lo que es dirigido desde las tinieblas por una minoría coherente y poderosa; lo que busca incesantemente la muerte de Cristo, la destrucción de su obra redentora en el mundo.

El Ilustre Arzobispo de Port-Louis, hablando de los orígenes judaicos de la doctrina masónica, afirma: "Los dogmas de la Masonería son los mismos de los de la Kabala hebrea y particularmente los del libro *Sohar* (luz)". En realidad todo cuanto forma la Masonería es profundamente, exclusivamente, apasionantemente hebreo: del principio al fin. "Príncipes de Jerusalén" se llaman los del grado 16, "Príncipes del Tabernáculo" los del grado 24. La Masonería siempre ha tenido, como nos hace notar el Eminentísimo Cardenal Caro, una grande y especialísima consideración hacia los hebreos. Durante los días del terror de la Comune fue necesario defender del saqueo el tesoro del Banco de Francia, pero no hubo la más leve amenaza hacia las Instituciones bancarias de los judíos, quienes, en esos días álgidos de la Revolución Francesa alcanzaron el privilegio de la ciudadanía. Por eso la Masonería ha visto siempre con verdadero horror y con

decidido antagonismo cualquier sentimiento o cualquiera tendencia antisemita.

Como mayor confirmación de lo que llevamos dicho, transcribiremos la siguiente información que nos da *Revue des Sociétes Sécretes* (pág. 118, 119 del 1924), en la que aparece la articulación del monstruoso aparato que opera en el mundo, dirigido por los judíos, al servicio de los judíos y que pretende el triunfo completo de su causa: la destrucción del cristianismo y la dominación judaica sobre todas las naciones:

1o.—La Internacional del oro (Plutocracia y altas finanzas internacionales) a cuya cabeza se encuentran: a) En *América*: P. Morgan, Rockefeller, Bandervilt y Wanterlippe, etc; b) En *Europa:* La casa Rotchild y otros nombres de importancia secundaria.

2o.—*La Internacional Roja* o sea la Unión Internacional de la Democracia Social de los Trabajadores. Esta comprende: a) La segunda internacional (la Belga, dirigida por el hebreo Vandertvelde); b) La internacional 2 1/2 (la vienesa, dirigida por el hebreo Adler); c) La tercera internacional —o internacional comunista— (la de Moscú, dirigida por los hebreos Apfelbaum y Radek).

Asociada discretamente a esta Internacional está el *Profintern* (Oficina Internacional de Asociaciones Profesionistas) que tiene su sede en Amsterdam.

3o.—*La Internacional amarilla.* "La unión del judaísmo combatiente". En ella se encuentran los Sionistas, la Alianza Israelita Universal, la Orden

Judía B'nai Moiche (hijos de Moisés), y otras muchas sociedades judías diseminadas en todos los países del Viejo y Nuevo Mundo.

4o.—*La Internacional Secreta* (azul), la Masonería Internacional, las logias reunidas de la Gran Bretaña, la gran logia de Francia y del Gran Oriente de Francia, Bélgica, Italia, Turquía, etc., todos los masones del mundo. El centro coordinador de esta Internacional es la gran Logia Alpina.

5o.—Hay además dos órdenes Hebreo-masónicas, la *B-nai-B-rith* y la *Bené Berith*, en las que solamente pueden ser socios, hermanos o miembros, los judíos. Los dirigentes de la *B-nai-B-rith* son los judíos Morgentau, embajador de los EE. UU. en Constantinopla; Brandeis, juez supremo de los EE. UU.; Mack, sionista; Warborug, banquero; Elkus, Kraus, Schiff, que subvencionó el movimiento de emancipación de los judíos en Rusia, Marchall, sionista.

Masonería del Gran Oriente, Teosofía, Pan-germanismo, Finanzas Internacionales y Revolución Socialista: todo esto ha sido inventado, dirigido, organizado por el Judaísmo Internacional en su propósito nefasto de destruir el Cristianismo y preparar así el soñado dominio sobre el mundo. La Sociedad de Naciones de Ginebra y las Naciones Unidas de Nueva York son obras, son consignas, son directrices de origen judío.

No hemos hecho sino indicar brevemente la obra secreta con que el Judaísmo Internacional y su hija y aliada la Masonería han minado hace siglos la

estabilidad indefectible de la Iglesia de Cristo. Veamos ahora las relaciones que hay entre el Judaísmo Internacional y el Comunismo.

EL COMUNISMO Y EL JUDAISMO

"De todos los sistemas revolucionarios, escribe Maurice Pinay, ideados por los hombres en el curso de los siglos que tienen, por desgracia, la finalidad de atacar o directamente destruir los valores de la civilización espiritual —sistemas puestos en práctica a través del tiempo, siempre en la forma y en el momento más oportunos— el más perfecto, eficaz y despiadado es, sin lugar a duda, el sistema Comunista. Este sistema representa la etapa más avanzada de la Revolución Mundial, cuyos postulados tienden no solamente a la destrucción de determinadas instituciones políticas, sociales, económicas o morales, sino también a la destrucción de la Santa Iglesia Católica o, cuando menos, de todas las manifestaciones de la cultura cristiana, cultura que constituye y representa el esqueleto y el apoyo de nuestra civilización.

"Si todas las tendencias revolucionarias de origen judaico han atacado con sintomática unanimidad al Cristianismo en sus diversos aspectos, el Comunismo lucha para hacerlo desaparecer de la faz de la tierra y para borrar toda huella de su milenaria obra espiritual.

"El rabioso furor de esta satánica tendencia ya ha dado al mundo el más pavoroso espectáculo de

horror y destrucción que expresa la substancia negativa de la ideología marxista y el repudio violento de todo lo que el espíritu humano, plasmado por Dios, según su voluntad, e inspirado por sus altísimos deseos, ha creado hasta hoy sobre la tierra . . ."

"El fin que el marxismo persigue es, como se sabe, el aniquilamiento de la personalidad humana en su aspecto de formación superior, hecha a imagen y semejanza de Dios. Los conceptos de bienestar económico, la planificación para alcanzarlos, la doctrina político-social que pregona y pretende, son los medios que permiten a una minoría ejercitar el dominio a través del atropello. Llevada al plano internacional la meta no puede ser más transparente: *permitar a una minoría, que en sí sería menospreciable, conseguir el aniquilamiento de la personalidad humana por el materialismo, el terror y, si es necesario, la persecución y aun el asesinato de la gran mayoría de la población.*

"Todo el mundo conoce ya y tiene delante de los ojos la violencia homicida que ha caracterizado a los dirigentes soviéticos; pocos son aquellos que, al menos una vez, no se han estremecido de terror al enterarse de los medios sanguinarios usados en Rusia por la política marxista . . .

S.P. Melgunov, refiriéndose a las numerosas comisiones extraordinarias que surgieron en Rusia durante los primeros tiempos de la Revolución Soviética afirma: "Las Comisiones Extraordinarias no son organismos de justicia, sino de cruel exterminio,

expresión del Comité Central Comunista. La Comisión Extraordinaria no es una Comisión de investigación, ni un juicio, ni un tribunal, pues ella misma es la que determina los castigos. Es un organismo que trabaja bajo el aspecto interno de una guerra civil; no juzga al enemigo, lo extermina; no perdona a quien está en otra parte de la trinchera, lo aplasta. No es difícil imaginarse cómo en la realidad se han realizado **estos exterminios sin misericordia**, cuando, en lugar de un código penal, reina únicamente la experiencia revolucionaria y la llamada conciencia de clases. La conciencia, en efecto, —especialmente la de clase— no puede ser usada subjetivamente. La experiencia revolucionaria influye en la voluntad de los jueces que ejercitan el poder según sus sentimientos y siempre en forma de opresión".

"Nosotros, dice Latais, no hacemos la guerra contra personas particulares; nosotros exterminamos la burguesía como clase. No os perdáis en busca de documentos y pruebas relativas al hecho de la acusación, en obras o palabras contra la autoridad soviética. La primera pregunta que debéis hacer a los acusados es: ¿A qué clase pertenece? ¿Cuál es su origen, su educación, su instrucción, su profesión? Esto es todo".

En el período de la dictadura de Lenin, la comisión de investigación de Rohrberg, que se instaló en Kiev, después de la reconquista de esta ciudad en Agosto de 1919, es descrita en parte por voluntarios anticomunistas en la forma siguiente:

"Todo el suelo de cemento del gran "garage"

(se trata de la sala de ejecución de la Cheka provincial de Kiev) estaba inundado de sangre. La sangre no corría, formaba diversos coágulos, de distinto, pero siempre de gran tamaño. Se contemplaba una horrible mezcla de cieno rojo, cerebro, fragmentos de cráneo, mechones de cabello, jirones de carne y restos humanos. Todas las paredes, agujereadas por millares de balas, aparecían manchadas de sangre, de masa encefálica, de cuero cabelludo. Una larga zanja de 25 centímetros de profundidad y 10 metros de ancho, partiendo del centro del garage llegaba a un local vecino y se metía en un conducto subterráneo de salida. Esta zanja estaba completamente llena de sangre. Generalmente después de las masacres los cuerpos de los asesinados se transportaban fuera de la ciudad en automóviles y eran enterrados en una fosa común. En una esquina del jardín encontramos una antigua fosa que contenía 80 cadáveres con horribles huellas de crueles mutilaciones. Uos destripados, otros sin extremidades y todavía algunos descuartizados. Había cadáveres sin ojos o sin cabeza. Casi todos presentaban el rostro, el cerebro, el cuello, el tronco y otras partes del cuerpo cruelmente martirizadas. Un poco más lejos encontramos un cadáver con un palo puntiagudo clabado en el pecho. Otros cadáveres no tenían lengua. En una esquina de la fosa descubrimos un terrible montón de brazos y de piernas separadas de los troncos a que pertenecieron. Nadie podrá jamás valorar exactamente la importancia de la enorme montaña de cadáveres que el marxismo

ha elevado y continúa elevanda, pero lo sucedido supera con seguridad la más exaltada imaginación. No es posible conocer exactamente el número de víctimas. Cada cálculo es inferior a la realidad".

En el diario de Edimburgo "The Scotsman" del 7 de noviembre de 1923 el profesor Sarolev da la lista de los asesinados en cifras que se refieren únicamente al primer período de la revolución rusa:

"28 Obispos; 1219 Sacerdotes; 6,000 profesores y maestros; 9,000 doctores; 54,000 oficiales; 260,000 soldados; 70,000 policías; 12,950 propietarios; 355,250 intelectuales y profesionistas; 193,000 operarios y 815,000 campesinos".

La comisión de encuesta Denikin sobre la atrocidad bolchevique, durante el período 1918-1919 a través de exhaustiva investigación, contó solamente en aquellos dos años 1.700,000 víctimas.

Komin, en el Roul, del 3 de agosto de 1923 hace las siguientes consideraciones: durante el invierno de 1920 Rusia comprendía 52 gobierno con 52 comisiones extraordinarias (Cheka), 52 secciones especiales, 52 tribunales revolucionarios, además de innumerables Chekas de vigilancia, tribunales ferroviarios, tribunales de las tropas de seguridad interna, tribunales móviles especiales para la ejecución en masa en el lugar mismo del juicio, etc."

A este largo elenco de aparatos de tortura debemos añadir las secciones especiales y 16 tribunales militares divisionales. En total había más de mil oficinas funcionando para obrar crueles servicios y dar la muerte.

Teniendo presente que, en este período, funcionaban otras comisiones llamadas cantonales, aumenta la suma. Sucesivamente crecieron los ya numerosos gobiernos de la U.R.S.S. Siberia, Crimea, el Extremo Oriente fueron conquistados. El número de las Chekas (llamadas comisiones), se desarrollaron en proporción geométrica".

La curva de las ejecuciones en Rusia, tomando en consideración que la marcha del terror tenía fases agudas y fases de relativa calma, según las estadísticas de ese tiempo, puede fijarse en un promedio de 5 víctimas diarias por cada tribunal. Como los tribunales eran más de 1,000 en todo el territorio de la URSS, las víctimas eran más de 5 mil en 24 horas. Lo que nos lleva a una cifra que se acerca al millón y medio.

Después de 45 años que han pasado de esta carnicería, que no ha sido la más espantosa ni la más sangrienta, puede ser que muchos, olvidándose de esos hechos históricos, piensen ahora que el Comunismo no es peligroso, que es posible establecer una pacífica coexistencia, que la era del terror está definitivamente superada.

Esta es la gran comedia que estamos presenciando, cuyo aspecto tranquilizador para los espíritus superficiales es el de la *pacífica coexistencia.* Hace un año, la guerra fría daba señales de ebullición peligrosísima: bases amenazadoras en Cuba, bloqueos a los barcos que iban a la isla, sombrío discurso del Presidente Kennedy, bravatas del dictador ruso. Todo ha cambiado en doce meses, y los in-

cautos piensan que la hábil política de la Casa Blanca desarmó el poderío rojo y logró convencer a los países comunistas que su agresivo programa era insensato. Por otra parte, aprovechando la pugna, que ha surgido entre Rusia y su aliada China, y los fracasos de la agricultura soviética, los EE. UU., Inglaterra y Canadá, en un gesto de genial política, han ofrecido vender, a precios razonables y generosos, sus excedentes de trigo y otros artículos, a los dirigentes de la URSS, para que Rusia, con módicas ganancias, pueda revenderlos y alimentar así a sus numerosos satélites. Parece que la paloma de la paz, con el ramo de olivo, al fin se posó sobre la tierra, gracias a la astucia, a la diplomacia, a los viajes repetidos de los que en sus manos tienen los destinos del mundo.

Pero ¿y Cuba? ¿Y Hungría y tantos y tantos y tan espantosos y contemporáneos ejemplos que de todo el mundo pudiéramos citar aquí nosotros:

La Revista *Time* nos dice (traduzco del inglés): "Los comunistas de Hungría han procurado de la manera más eficaz la destrucción de la Iglesia Católica Romana. Han confiscado 600 conventos y monasterios y 3,000 escuelas. Dentro del clero, los 100 sacerdotes de la nueva ola, llamados "sacerdotes de la paz" y que son leales al régimen, mantienen una constante propaganda entre sus compañeros sacerdotes, urgiéndoles a arrodillarse ante las autoridades comunistas. Recientemente el régimen detuvo esta presión violenta. Ha llegado el tiempo se dijo al clero, en un periódico eclesiástico, fa-

vorable al régimen, "para que cada uno de los sacerdotes católicos determine qué posición política y social quiera adaptar en el futuro". La semana pasada once católicos fueron juzgados en Budapest, acusados de querer formar grupos selectos de jóvenes católicos para derrocar al gobierno.

"Diez de los acusados, después de la consabida preparación psicológica o lavado de cerebro que los comunistas estilan, se confesaron culpables y arrepentidos de sus "crímenes". Pero, el P. Oden Lenard asombró a la corte al negar su culpabilidad. En Hungría no se suele desafiar de esta manera a los jueces. El juez Istvan Bimbo se dirigió a los otros acusados y les preguntó si pensaban ellos que el P. Lenard fuese culpable. Los diez respondieron afirmativamente. Entonces el juez Bimbo preguntó al Padre Lenard.

—.—"¿Por qué rehusa Ud. respetar las directivas del gobierno en relación a las actividades legales de los sacerdotes?

R.—"Yo solamente acepto directivas de mi Arzobispo (el Cardenal Mindszenty, que es un refugiado en la Embajada de los Estados Unidos desde 1956); y ahora él no puede darme directivas.

P.—"Usted está acusado de enseñar secretamente religión a los jóvenes.

R.—"Hoy nuestro pueblo está sujeto a gran persecución, y no puede enviar sus hijos abiertamente a clases de religión. Como resultado, yo decidí enseñar en privado a los niños la religión. Yo no puedo ver por qué el Evangelio no pueda ser enseñado en

privado, cuando no hay nada que impida enseñar en privado otras materias, así como la música.

—P.—¿Usted escondió un libro de teología en un sillón?

R.—"Yo no conozco ninguna ley que prohiba esconder libros de teología en un sillón.

P.—"¿Qué opina Ud. de los estudiantes de teología que no quieren estudiar el marxismo?

R.—"Hay muchos marxistas que se resisten también a ir a la Iglesia.

P.—"Ud. ha influenciado hostilmente en contra del estado a 300 jóvenes.

R.—"Solamente, si mal no recuerdo, eran 70.

"Al llegar a este punto el juez Bimbo interrumpió súbitamente el juicio. Después sentenció al P. Lenard a 7 años y medio de cárcel y a los demás acusados de 2 y medio a 7 años. Para lo que se ha usado en la Hungría comunista, la sentencia parecerá benigna. La cuestión está en saber si el P. Lenard verá el fin de su sentencia, o misteriosamente morirá, como otros celosos sacerdotes húngaros, en los calabozos de la cárcel.

"El desafiante coloquio del P. Lenard con su juez es un vívido testimonio del hecho formidable de que aún hoy la fe es un terrible enemigo para los hombres brutales que gobiernan al comunismo. Después de otros semejantes encarcelamientos, el Arzobispo de Budapest José Grosz, que actúa como cabeza del clero húngaro, envió una valiente carta al gobierno: "Si los sacerdotes encarcelados son culpables, decía, yo también debo ser culpable.

Arréstenme y pónganme en la cárcel con mis amigos". Prudentemente el gobierno prefirió ignorar el desafío".

Y ¿habrá todavía quienes piensen que es posible la coexistencia pacífica? ¿Habrá quienes busquen en las aparentes claudicaciones el "*modus vivendi*" para subsistir ante el ímpetu arrollador del comunismo? ¿Prudencia, miedo, apertura a la izquierda o diálogo ecuménico?

Pero, ¿qué tienen que ver los judíos con el Comunismo? —¡Nada! ¡Poca cosa! Ellos son los creadores, instigadores, sostenedores y permanentes dirigentes del Comunismo Internacional.

1) Carlos Enrique Marx era un judío tudesco, cuyo verdadero nombre fue Kissel Mordeay. Nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818. Su abuelo fue un Rabino y su padre, Carlos también, cursó la carrera de Jurisprudencia y se hizo abogado y luego consejero de justicia en Tréveris, donde en 1824 se bautizó, convirtiéndose al cristianismo con el nombre de Enrique Marx. Estaba casado con Enriqueta, una judía holandesa, entre cuyos antepasados se contaban, a lo largo de los siglos, según nos dice su nieta Eleonor Marx, toda una serie de rabinos.

Después de haber escrito su famosa obra "*El Capital*", que es el primer texto sagrado del Comunismo teórico, doctrina que él se dedicó a propagar durante toda su vida con inagotable actividad, Marx publicó en Londrés, bajo la insinuación del judío Engel, nacido en 1848, su famoso "*Manifiesto Comunista*". El es autor también de la primera teoría

moderna del Nacionalismo hebreo con tendencias ultranacionalistas.

2) *Federico Engel. Fue el organizador de la Primera Internacional Socialista. Colaborador íntimo de Marx era también judío, comerciante de algodón, murió en 1894.*

3) Karl Kautski cuyo verdadero nombre era Kaus, es el autor del libro *"Los orígenes del Cristianismo"*, una obra que intenta principalmente refutar y destruir los fundamentos de nuestra santa fe católica. Es el mayor intérprete de Marx y publicó en 1887 diversos escritos encaminados a difundir el marxismo y a defender a los judíos. En 1906 escribió *"La Lucha de Clases"*, libro que constituye el fundamento doctrinal del dictador chino Mao-Tse-Tung.

4) Fernando Lassalle judío nacido en Breslavia en 1825. Después de haber estado inmiscuido en la revolución democrática de 1848, publicó en 1873 una obra que ocasionó un estado revolucionario entre los obreros. Su obra principal se llama *"Capital y Trabajo"*.

5) Eduardo Bernstein, judío, nacido en Berlín en 1850. Sus obras principales son *"Suposiciones sobre el Socialismo"* y *"La Social Democracia de hoy día en su Teoría y en su Práctica"*.

6) Jacobo Lastrow, Max Hirsch, Edgar Loening, Wirschauer, Babel y muchos otros judíos que pueden ser y son considerados como los teorizantes del Comunismo.

En la imposibilidad de nombrar a todos los ju-

díos que en Alemania, Italia, Holanda, España, Inglaterra y Francia han trabajado en las revoluciones y en la propaganda y en las directivas del Comunismo Internacional, citaremos ahora algunos miembros del primer gobierno comunista de Moscú (Consejo de Comisarios del Pueblo) (1918):

1o.—Ilich Ulin (Vladimir Ilich Ulianov o Nicolás Lenin) Presidente del Supremo Soviet, judío por parte de su madre Blank.

2o.—Lew Danovich Bronstein (Leon Trotsky) Comisario del Ejército rojo y de la Marina. Judío.

3o.—Joseph David Vissarianovich Djugashvili-Kochha (José Vissarianovich Stalin). Comisario de la nacionalización, descendiente de judío georgiano.

4o.—Cicerin, Comisario de Asuntos Exteriores; ruso.

5o.—Apfelbaum (Gregorio Zinoviev), Comisario de los Asuntos Interiores; judío.

6o.—Kohen (Volodarsky), Comisario de la propaganda; judío.

7o.—Samuel Kaufmann, Comisario de los terrenos del Estado; judío.

8o.—Steimberg, Comisario de Justicia; hebreo.

9o.—Schmidt, Comisario de Obras Públicas; judío.

10o.—Ethel Knigkisen (Liliana), Comisaria de Aprovisionamientos; judía.

11o.—Pfenistei, Comisario para los refugiados; judío.

Imposible reproducir aquí todos los datos que

tenemos. De los 554 dirigentes comunistas de Rusia 447 eran judíos.

Y lo mismo sucede en los países satélites del Comunismo Internacional, como en Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Rumanía y Alemania Oriental. Los nombres que hemos citado son tan sólo una prueba de que nuestras afirmaciones tienen base, que no estamos acusando falsamente al Judaísmo Internacional, al hacerlo responsable de la espantosa tragedia que envuelve al mundo.

¿CUAL SERA LA ACTITUD DEL CONCILIO?

Todos tenemos razón para inquietarnos; todos estamos vivamente interesados en ese Ecuménico Concilio, no sólo porque se trata de la Iglesia, nuestra Iglesia, aquella en la que nacimos, en la que hemos sido bautizados; aquella en la que murieron nuestros padres, en la que nosotros hemos creído firmísimamente toda nuestra vida; sino también porque se trata, porque está en juego nuestra verdadera libertad, la dignidad de nuestra persona humana, los intereses sagrados de nuestros hogares, el porvenir y bienestar de nuestra patria, y los altísimos intereses de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Las inquietantes noticias que la prensa nos ha dado desde la Ciudad Vaticana fundan, por otra parte, nuestros justísimos temores. Parece que sin miramiento alguno se están moviendo los sillares mismos sobre los cuales se mantenía inconmovible

la Igleia de Jesucristo. Se habla de un "acomodamiento" de la Iglesia al mundo de nuestros días. Se pretende "mejorar nuestros dogmas", las definiciones que nosotros creíamos infalibles, hechas por el Magisterio de la Iglesia. Se dice que el Papa va a compartir su autoridad suprema, el Primado de su Jurisdicción con todos los Obispos. Se pretende combatir y restringir "las indebidas exageraciones" que la Iglesia Católica Romana tenía y tiene en su devoción 20 veces secular a la Santísima Virgen. Se quiere interrumpir el cumplimiento de aquella profecía mariana. *"Me llamarán bienaventurada todas las generaciones"*. Se habla de la participación del laicado en las funciones ministeriales de la Iglesia docente; se quiere tener diáconos casados, con familia, con esposa, con servidumbre, con solicitudes mundanas. ¿Con qué dinero se va a proveer a las exigentes necesidades de esos nuevos ministros del altar y de sus familias? ¿Quién va a desear el sacerdocio con su celibato, cuando se puede servir a Dios en el matrimonio con el título y las prerrogativas del diaconado? Yo había aprendido la distinción orgánica, infranqueable que existe por voluntad del Divino Fundador entre la Iglesia docente y la Iglesia discente; la distinción que existió entre los innumerables discípulos de Jesús de Nazaret y *"los doce"*, el Colegio Apostólico. Pero, no, ahora resulta que mi teología estaba equivocada, que también los seglares son parte de la Jerarquía, que los brazos y los pies van a ocupar ahora las funciones y el sitio de la

cabeza. Hay que descentralizar la Iglesia; hay que suprimir la lengua universal; hay que eliminar las imágenes de los Santos en los templos, que distraen, que fomentan supersticiosas prácticas; hay que simplificar la Misa; hay que asemejar nuestra liturgia a la liturgia protestante, para que todos "nuestros hermanos separados" puedan entrar como en su casa en nuestra Iglesia, sin olor a incienso, sin ostentosas ceremonias, sin ornamentos lujosos en nuestros sacerdotes, sin matrimonios lujosos en nuestros fieles, sin nada, en fin, que pueda ser objetado por la susceptibilidad de los que ahora todavía están fuera de la Iglesia. Nada de excomuniones, nada de restricciones. Que los católicos lean, conserven y propaguen las Biblias protestantes, que, después de todo contienen también la palabra de Dios. Y en ese deseo de acomodamiento, de transacciones o actualizaciones de nuestro dogma y de nuestra liturgia, también la moral, pienso yo, ha de buscar ser más realista, más acomodada a los criterios y modos de vida de ese mundo irreligioso que nos rodea. No más restricciones para el divorcio; no más restricciones para el control de la natalidad; no más objeciones para pertenecer a las sectas, a las logias o los partidos comunistas.

Pero, sobre todas esas reformas debe ocupar el primer lugar el documento preparado por la Secretaría del Cardenal Bea, auxiliado por los valiosos servicios de los Obispos Méndez Arceo, Silva Henríquez y demás líderes progresistas. Es necesario, cueste lo que cueste, exonerar a los judíos del crimen

del deicidio; es necesario declararlos los hijos predilectos del Altísimo; es indispensable, para que ellos suavicen su secular persecución contra Cristo y su Iglesia, establecer una alianza judío-cristiana, en la que los judíos sigan siendo judíos y en la que los cristianos dejemos de ser tan cristianos. No es ésta la primera simulación autorizada que se ha hecho en la historia.

En una propaganda mundial se aplaude exageradamente al teólogo alemán Hans Küng, y se publican páginas enteras de su escandalosa teología. Se habla del llamado "sindicato de Cardenales", a la cabeza del cual está el sabio y valiente cardenal Ottaviani, "jefe, como dice una revista comunista, de la poderosa Congregación del Santo Oficio".

A este "sindicato de Cardenales" se atribuye la publicación del libro de *Maurice Pinay* "Complotto contro la Chiesa", que los masones, comunistas y judíos han querido denigrar como un libelo, y en el que de una manera evidente, con documentación impecable y abundante, se demuestra la conjura sionista-masónica-comunista para destruir la Iglesia, valiéndose de algunos elementos "progresistas" que son, en realidad, verdaderas infiltraciones dentro de las filas eclesiásticas. Se dice que Paulo VI con el objeto de eliminar al "sindicato de Cardenales" designó una comisión de cuatro purpurados que le son fieles para que presidan en su nombre las juntas plenarias y las de trabajo del Concilio. Se hace alarde de las juntas que los *progresistas* tuvieron antes del Concilio para prepararse a la batalla. En

especial se menciona la de Fulda (Alemania Occidental) y en la cual estuvieron representados los progresistas de 10 naciones. Con igual virulencia se ataca a los Cardenales Pizzardo, Felici, Roberti y Siri...

"Son exageraciones intencionadas de la Prensa", dicen algunos para acallar las justas intranquilidades, que la fe de muchos, sufre con tales noticias. ¡Ojalá y así fuera! Las personas eclesiásticas que han estado en Roma, que han comentado la situación, nos dicen lo contrario. Un Padre Provincial de muy ilustre familia religiosa, asustado por las informaciones que él mismo había obtenido en la Ciudad Eterna, decía a un grupo de amigos: "Confío en que el Espíritu Santo arregle todo; de lo contrario, me temo que sean mayores los males que se sigan del Concilio, que los pocos bienes que las revolucionarias mudanzas de los progresistas puedan darnos". Pero no sucederá así. No hay que tener mayor confianza en el poder de los hombres —cualquiera que sea su grado y su ciencia— que en la obra permanente de Dios en su Iglesia. "Las Puertas del Infierno no prevalecerán".

Para terminar este ya largo estudio, permítaseme transcribir ahora "La leyenda del gran rabino", que Papini escribió magistralmente hace ya tiempo en su obra *"Los Testigos de la Pasión"*. La poesía de Papini suavizará tal vez la aspereza de mi estilo y justificará en algún modo mis conceptos.

"Un salón inmenso en el palacio del Papa. Pri-

meras horas de la noche. Sobre la mesa, amplia y negra, una lucerna de plata con tres pabilos aleja fatigosamente de la sala las grandes masas de sombras.

"Junto a la mesa, sentado sobre un escaño invisible, un viejecito, todo blanco. Palidísimo el cráneo y calvo, y el rostro flaco, claros los ojos, cándido el hábito. Es el Papa Celestino VI. Está solo; aguarda.

"En el fondo se abre una puerta. Un hombre con vestimenta de color violado introduce al visitante que se aguarda, y desaparece.

"Sabbatai ben Shalom, Gran Rabino del Exilio, se aproxima con pasos lentos y graves, a la mesa y a la luz.

"Está en vísperas de la vejez, pero derecho y fuerte, todavía. La cabellera de un rubio rojizo le cubre la nuca; la barba de un rojo más vivo le llega hasta la mitad del pecho. En el rostro, de una palidez apenas morada, brillan las perlas negras de los ojos. Una nariz dominadora se incurva sobre los labios gruesos que asoman por los pelos rizados de la barba. Una capa de sarga morena, larga hasta casi los pies, envuelve la mejostuosa corpulencia del Gran Rabino.

"Llegado que hubo frente al Papa, se detiene y parece querer arrodillarse, pero solamente inclina la cabeza sin pronunciar palabra.

"Celestino VI lo mira con sus límpidos ojos de solitario y alza la mano en ademán de la bendición, pero no prosigue el gesto.

"Después comienza:

"—Me han dicho que desde hace mucho tiempo imploras venir a nuestra presencia para anunciar en nombre de tu pueblo, una grata nueva. Hemos querido oir favorablemente tu deseo, porque el Vicario de Cristo tiene el deber de acoger a todos los que se vuelven a él. ¡Habla, pues; te escuchamos!

"...Santidad —dice en alta voz, Sabbatai ben Shalom—, de todo corazón os agradezco vuestra condescendencia. Este es el momento más terrible y más feliz de mi vida. Desde semanas, desde años lo espero con gemidos y plegarias. No os imagináis lo que he debido superar y vencer en mí y alrededor mío, para llegar a esta hora. El Occidente y el Oriente han visto mis lágrimas y han oído mis súplicas. Las dudas me han traspasado, los discípulos me han abandonado, los amigos han llorado sobre mi locura, los enemigos han intentado asesinarme. Pero finalmente, de la noche de la agonía ha despuntado el gran día de la victoria. He salido a descalabrar a los sofistas, a sacudir a los vacilantes, a inflamar a los tibios, a doblegar a los rebeldes. Y, ahora, todos los judíos dispersos en todos los países del mundo han reconocido la luz y os hablan por mi boca. Todos mis hermanos están prontos a confesar que Cristo Jesús es el verdadero Mesías, el descendiente de David, el unigénito de Dios. Todos esperan con impaciencia el momento de ser acogidos en la Iglesia por El fundada y poder ser, Padre Santo, vuestros hijos.

Sabbatai ben Shalom calla y escruta el rostro de

Celestino como para pedir o aguardar una palabra suya. Pero el anciano Papa queda inmóvil y silencioso, abstraído en sus pensamientos, como si no hubiese oído.

El Gran Rabino, agrega, entonces, en voz baja:

"Quizás esta manifestación os parece tan increíble, que teméis tener delante un jactacioso o un mentecato. Pero en verdad os digo que estamos cansados de ser desgraciados y segregados, odíados y perseguidos, vituperados y expulsados. También nosotros, después de tantos siglos, sentimos el ansia de no aparecer más como leprosos en tierra extranjera, como sobrinos de Caín y cómplices de Judas. Sentimos necesidad de estrechar manos fraternas, de encontrar la sonrisa de la hospitalidad, de ser admirados en vuestros convites, de sentir en nuestras caras el beso del perdón; de amar y ser amados. Toda nuestra esperanza está en Voz, Santidad. Nuestros corazones se sobresaltan pensando en el día en que Vos querráis absolver a los deicidas y bendecir a los malditos. De acuerdo con mis cofrades, he predispuesto el ceremonial de la reconciliación. El día que os plazca elegir, turbas de judíos acudirán de los ghettos y de las sinagogas de todas las regiones del mundo. Una procesión interminable atravesará Roma cantando los salmos de la penitencia y se reunirá en frente de San Pedro. Todos estaremos cubiertos con un manto negro y llevaremos la cabeza orlada de ceniza. Dejaremos en el centro de la plaza todas las copias del Talmud y de los Midrásim, que será posible recoger y con mis pro-

pias manos les prenderé fuego. Apenas extinguido el fuego de las mentiras, un clamor de trompetas impondrá silencio. Doce Rabinos, uno por tribu, leerán, a voces, uno después del otro, la fórmula de la abjuración solemne, en nombre de las multitudes que aprobarán en cada pausa con el grito de amén. Entonces Vuestra Santidad, circundo de los Cardenales, de los Príncipes, de los Altos Dignatarios, aparecerá en la puerta de la Basílica. Todos nosotros, arridillados, cantaremos el salmo de la suprema imploración —*de profundis clamavi*— y nuestras desesperadas voces harán temblar la bóveda del cielo. Restablecido el silencio. Vos diréis, con el poder a Vos trasmitido por Cristo y Pedro, las palabras que absuelven y purifican, e impartiréis a los hijos de Abraham la bendición del Espíritu Santo. Entonces, nos pondremos de pie, de la cabeza aventaremos las cenizas, echaremos por tierra los mantos negros y nos veréis vestidos con las túnicas blancas de los catecúmenos. Detrás de vuestro, entrará nuestro infinito cortejo a llenar el gran templo, salmodiando los himnos del agradecimiento y de la exultación. Y a Vos os tocará decidir en qué día podremos también nosotros saciar el alma con la carne transubstanciada del Resucitado.

El Gran Rabino calló y, todavía una vez más, mira fijamente con el negro deslumbrante de sus pupilas, el rostro de mórbido marfil traslúcido del que estaba enfrente.

Durante el discurso de Sabbatai, el Papa no había hecho ningún gesto de estupor o alegría, pe-

ro en el instante en que se aprestaba a responder, pareció que un imprevisto velo de melancolía cubría sus ojos dulces de agua marina.

Si todo lo que he oído, es verdad —dijo con voz moderada y paciente—, agradezco al Altísimo que me haya elegido, siervo indigno, para contemplar tal prodigio y recibir una tan inesperada consolación. Si el pastor es feliz cuando encuentra una de sus ovejas extraviada, su alegría será mil veces mayor al recuperar, todo entero, el ganado que se le había perdido. Vosotros fuisteis los primogénitos de la promesa y hay siempre puestos, en la mesa del Padre, para los hijos errabundos que han recuperado la luz del espíritu. Pero nuestras responsabilidades en el oficio, que la Providencia nos ha asignado, son gravísimas, tan graves como tú no puedes imaginar. Y antes de pronunciar la palabra que esperas, tenemos la obligación de interrogar y reflexionar. El pueblo cristiano, y antes que nadie, Dios, no podría perdonarnos una resolución inconsulta y precipitada. Debemos, entonces, reprimir los impulsos naturales de nuestra alma y sondear más a fondo en la tuya. No te asombres de la demora, ni te ofenda la pregunta que te haré. Conozco bien a los judíos y sé que practican el *do ut des.* Dime con toda franqueza, ¿qué pedís en cambio de vuestra conversión? Si es cosa justa y está en nuestro poder, la acordaremos con alegría.

El rostro de Sabbatai ben Shalom se puso palidísimo al oír estas últimas palabras y los labios le comenzaron a temblar.

Padre Santo, veo que estáis verdaderamente asistido por el Espíritu Santo y que os ha sido concedido el carisma del discernimiento de los espíritus. Vuestra inspirada sabiduría ha leído en el secreto de mi mente. Y debo confesar que mi pueblo me ha impuesto interceder ante Vos para obtener una gracia en cambio de nuestro arrepentimiento y nuestro retorno. No osaba decirlo, pero ahora, confío en ser oído, dada vuestra paternal bondad. Pedimos una sola cosa: que sea suprimida del año eclesiástico, la semana de la Pasión. Han transcurrido ya centenares de años del delito de nuestros padres, y también para el más monstruoso delito debe, pues, llegar el día de la prescripción. La memoria del deicidio quedará lo mismo, pero únicamente en los libros, pues que no os pedimos mutilar ni falsear los Evangelios, sino suprimir la Semana Santa, es decir, celebrar solamente la fiesta de la Pascua, el recuerdo de la Resurrección. Convertidos en cristianos no podríamos soportar que cada primavera se repitiese en todas las iglesias de la cristiandad el relato de nuestra infamia. El padre de la parábola no repite cada sábado, al hijo pródigo que retorna, la historia de su fuga.

¡Sabbatai ben Shalom —interrumpió Celestino, con voz llena y resuelta; tus padres no supieron lo que hacían, pero tú no comprendes lo que dices! ¿Cómo podríamos, todos, gozar el día de la Resurrección si no hubiésemos llorado, juntos, sobre la agonía de la Pasión? ¿Y cómo se podría concebir el sacrificio inefable de la Redención, sin el Getse-

maní y el Sanedrín, sin el Pretorio y el Calvario? ¿Y crees posible que la Iglesia, aun cuando sea por acoger al pueblo de María y Pablo, pueda cancelar aquello que es coronación de su poema de plegarias?

Se podría —responde el Gran Rabino—, convenir en un compromiso: conservar la liturgia de la Pasión, pero sin decir palabra de los judíos. *Solamente Pilatos y los romans deberían aparecer como culpables y deicidas.*

Tú desvarías, Sabbatai. Lo que desatinadadamene me propones sería una ofensa a la justicia y a la verdad. Los romanos fueron simples ejecutores materiales. Eran soldados y debían obedecer. En ellos no está la culpa. Y Pilatos fue la víctima recalcitrante de vuestras acusaciones y amenazas. Si no lo hubieseis engañado no habría jamás consentido en la muerte del Justo. Los judíos, sólo los judíos pensaron y quisieron el deicidio.

—Así sea. Aceptamos todo el peso de la culpa. Nuestros padres quisieron que la sangre de Cristo recayese sobre ellos y no deseamos renegarlos. Mira nuestros cabellos y todavía encontrarás alguna partícula de la sangre de Jesús. Pero este bautismo infame no debe ser obstáculo al nuevo bautismo que invocamos de Vos. Estamos dispuestos a rescatar la sangre vertida por nuestros pueblos. Cada gota será pagada a precio fabuloso. La Santa Sede es pobre. Necesita enviar apóstoles a los paganos, edificar iglesias, alimentar sus servidores, socorrer sus pobres. Nosotros os daremos todo cuanto os falta.

Jamás la Iglesia habrá sido tan rica como lo será después de nuestro retorno. Depondremos delante del altar de San Pedro, a manera de ofrenda expiatoria, todo el oro que podremos recoger en nuestra comunidad. Depositaremos a vuesros pies bolsas repletas de monedas de todo el mundo y, si no bastara, candelabros de oro, copas de oro, estatuas de oro, collares de oro, barras de oro. Jamás ojos humanos habrán visto rutilar, al unísono, tal montaña de oro. Millares de millones: decid una palabra y serán vuestros.

El marfil del rostro de Celestino emblanqueció, se hizo mármol.

—¡Sabbatai, tú blasfemas! ¡Querrías pagar la sangre divina, la sangre del Hijo de Dios, la sangre de Dios, con alguna carrada de metal! ¿Pero, no sabes o no recuerdas que un sólo átomo de aquella sangre vale más que todo el oro escondido en las entrañas de la tierra?

—Padre Santo, no desdeñéis nuestra donación. Antes de rechazarla reflexionad en todo lo que podréis hacer con este tesoro: salvar a los infelices, redimir a los cautivos, curar a los enfermos, vestir a los desnudos, aplacar a los enemigos. De todas partes, los pueblos se prosternarán a vuestros pies: la caridad es la más poderosa de las apologías. Y desde la alto de los cielos, Cristo será feliz, viendo que acogéis con amor a sus pobres, es decir a El mismo.

—No esperes tentarme. *También la caridad puede ser un lazo de Satanás.* No me hagas decir que en

cada hebreo revive Judas. Habéis vendido al Señor, por treinta denarios, y hoy querríais volverlo a comprar con los beneficios acumulados en siglos por el latrocinio de vuestra usura. Tú desatinas, Rabino. La Iglesia no revende a su Dios a ningún precio.

—Y les proponemos, también, hacer lo que el mismo Cristo ordenó a los ricos. Renunciaremos a nuestro oro y nos convertiremos en pobres y desnudos, por el amor a El. ¿Qué más podéis pedir? ¿Y es justo, acaso, llamar diabólica a nuestra obediencia al Evangelio?

—Tú olvidas que vuestra oferta está ligada a un pacto simoníaco. No es donación espontánea sino una entrega subordinada a una petición temeraria e inaceptable. Nosotros no podemos quitar ni una sílaba a la tragedia de la Pasión, aunque enterrases a Roma bajo una montaña de oro. Estamos dispuestos a todos los perdones, pero no es facultad nuestra abolir o falsear una jota del culto cristiano. A cambio de nuestro perdón, solamente pedimos un acto de sincera penitencia. Pero para obtener el perdón de Cristo, no basta el remordimiento, que pueda ser efecto del miedo, ni la obediencia a su Iglsia, que puede sr dictada por el beneficio. Y tanto menos la oblación del oro que pretendería comprar el cielo con los tumores amarillos de la tierra. Cristo es amor y no pide sino amor. Pero vosotros habláis aun hoy, como espíritus ofendidos y como comerciantes. Todavía sois aquellos del desierto de Sinaí; pensáis siempre co-

mo Simón Mago. El corazón de vosotros no ha cambiado. Por extenuación o por amor a la paz, queréis someteros a la Iglesia, pero no amáis verdaderamente a Cristo porque no estáis dispuestos a sufrir para merecer el amor suyo.

—¡Padre Santo! —interrumpe, casi rabiosamente, Sabbatai— ¿y no habremos sufrido bastante ya? Nuestra ciudad santa fue incendiada, las madres hebreas constreñidas a alimentarse con las carnes de sus propios hijos, nos quitaron la patria nuestra, en cualquier rincón de la tierra somos diezmados, desbandados. ¿Tantos siglos de padecimientos y humillaciones, no son suficientes para aplacar a Aquel que matamos?

—Podrían bastar si hubierais acogido el martirio con gratitud como el delincuente convicto y confeso acoge el castigo justo. Pero en vuestros corazones envenenados por el rencor, habéis sentido aquellas persecuciones como venganzas y no como fruto y remedio de la culpa. Y desde luego, el mismo sufrir no puede seros imputado a méritos. Vosotros no concebís sino mal contra mal, beneficio a cambio de beneficio; os falta aquel ímpetu de amor puro que encuentra alegría hasta en la vejación, que generosamente da todo a quien le roba una parte, que paga mil veces el mal con el bien. Solamente con este amor se reconquista a Jesús. Si no dáis prueba de poseerlo no podrá acogeros en su Iglesia.

—Padre Santo, el amor no obedece ni a la voluntad ni a la razón. Comprendemos que es nece-

sario amar y deseamos amar, como dices. Pero pensad, qué vida fue la nuestra, antes y después del deicidio. Haced que también entremos nosotros en la Iglesia de Cristo, y con el tiempo quizás lograremos amarlo como debe ser amado. ¿Este anhelo de estar unidos a vosotros que creéis en El, no es ya señal y principio de amor? ¿Y no estamos prontos por amor a El, a renunciar a la riqueza, que es nuesera vida? Y si la cumbre de la ley evangélica consiste en el perdón de las ofensas, sabed que estamos decididos también a perdonar.

—¿Perdonar? ¿Vosotros los autores de un delito imperdonable? ¿Y qué queréis perdonar?

—Recordad. El Padre nos ha oprimido con su Ley y nos ha entregado sin defensa a los opresores. El Hijo ha permitido que su muerte fuera vengada sobre nuestro pueblo inerme por todos los pueblos cristianos. Uno y otro, distintas personas de un Ser único, han querido y tolerado nuestras plagas y nuestras desventuras. Dios ha sido durante siglos y siglos el mayor enemigo nuestro. ¡Y enemigo egoísta; el Emperador del universo que se encarniza contra una turba de nómades! Pero El ha dicho que debemos perdonar a los enemigos y nosotros inclinamos la cabeza a la obediencia. Y perdonamos, también, a El, a El antes que a los hombres. Hemos hecho matar a Dios y fué espantosa culpa, pero hoy perdonamos a Dios y es el máximo esfuerzo que podemos pedir a nuestro corazón herido y tosigado. Os lo repito en nombre de todos los judíos, que perdonamos a nuestros perseguidores,

que perdonamos también a Cristo. Nadie ha osado decir esto. Pero sabéis que somos distintos a todos los demás hombres. Si tampoco basta este supremo sacrificio, ¿qué más queréis de nosotros? ¿Rechazaréis esta prueba de amor así como rechazasteis nuestra moneda? ¿Y queréis, todavía, cerrarnos las puertas en la cara?

Sabbati calla y mira al Papa. Se da cuenta, ahora, que Celestino lloraba. De sus pobres ojos de niño, envejecidos en la plegaria, descendían hilos de lágrimas, arroyuelos de piedad en los surcos de las arrugas.

—¡Lloráis! —exclamó el Gran Rabino, con voz de triunfo—. ¿Entonces, la misericordia ha vencido toda duda? ¡Sea loado el Altísimo, ahora, y por toda la eternidad! ¿En verdad, puedo llamaros Padre? ¡Responded! ¡Hablad!

Pero el Papa lloraba siempre y callaba. Sabbatai se echó a tierra, gritando:

—Decid, entonces, la palabra que espero desde millares de días! ¡Vicario de Cristo, sucesor de Pedro, Padre de los hombres, heme aquí, a vuestros pies! ¡Responded en nombres del Dios de Abraham y de Jacob!

Celestino, siempre llorando, se movió de su puesto, y levantó al judío con su huesosa mano blanca. Pero no pronunció una palabra. Y las lágrimas seguían corriendo más veloces sobre el candor del rostro iluminado.

Sabbatai mira en silencio aquellas lágrimas y por fin comprende; la respuesta del Papa está en

aquel llanto. También él querría llorar, mas no puede; siente un estorbo en la garganta. Pero en sus ojos áridos brilla solamente el reflejo de una irritada tristeza. Después de algunos segundos se inclina profundamente y con rápidos pasos se encamina hacia la puerta.

En la sala inmensa y obscura se oye la voz del Papa que murmura la plegaria del Viernes Santo: *Oremus et pro perfidis Judaeis ut Deus et Dominus noster auferat velamen de cordibus eórum.*

Así termina Papini. La conversión de Israel está anunciada; algún día ha de llegar; pero, entre tanto, la lucha entre Cristo y el Anticristo arrecia: afirmación completa o negación total; Catolicismo o Comunismo; Cristo o Lucifer. No hay transacciones posibles, sinceras ni provechosas. No somos antisemitas; mas, no por eso podemos estar con el *Judaísmo Internacional* ni con sus hijos y aliados, la Masonería y el Comunismo. "*El que no está conmigo está en contra de Mi*". Dijo el Hijo de Dios hecho hombre para salvar a los hombres pecadores. la barba.

¿QUE ES EL PROGRESISMO?

En su Encíclica "*Pascendi Dominici Gregis*" del 8 de septiembre de 1907, S.S. el Papa San Pío X enumera y condena los gravísimos errores que con el nombre de *modernismo empezaban* a aflorar en la Iglesia de Cristo. Esta Encíclica, lo mismo que la Encíclica de Pío IX "Quanta Cura" destacan por su importancia doctrinal y dogmática. Ambas coinciden también en señalar los errores que atacan el dogma o la moral católica. De la Encíclica "*Quanta Cura*" no duda en afirmar Lercher, que "se estima comúnmente como definición "*ex cathedra*", en atención a sus palabras finales conminatorias. "Respecto del Sylabus, de Pío IX, no han faltado tampoco, quienes hallan en él una verdadera definición, y todos coinciden en reconocerle una gran autoridad, acrecentada con la aceptación y divulgación del mismo por medio del magisterio de los Obispos, aunque la condenación de dichos errores no signifiquen que todos ellos merezcan la misma calificación.

La Encíclica *Pascendi* no emplea términos de verdadera definición; ni puede serlo en sí mismo, como documento que es de una Congregación el decreto *Lamentabili* con el *Syllabus* correspondiente. Pero la aprobación "más que en forma específica", de dicho decreto, hecha en términos muy explícitos

por el Papa, y, sobre todo, el subsiguiente *"Motu proprio" Praestantia Scripturae*, junto con la fórmula prescrita del juramento antimodernístico, han llevado también a la opinión de considerar dicho *Syllabus* como definición *ex cathedra;* punto de vista sostenido entre nosotros, aun antes del *"Motu proprio"*, por el Padre Pablo Villada.

El Papa reconoce que "jamás han faltado, suscitados por el enemigo del género humano, *hombres de lenguaje perverso*, (Act. XX, 30), *de vanos discursos seductores* (Tim. I, 10)., *que yerran y que inducen al error* (2 Tim. III, 13); pero afirma que "en estos últimos tiempos ha crecido extrañamente el número de los enemigos de la cruz de Cristo, los cuales con artes enteramente nuevas y llenas de perfidia se esfuerzan por aniquilar las energías vitales de la Iglesia, y hasta por destruir de alto a bajo, si les fuera posible, el imperio de Jesucristo."

Admite el Papa "la circunstancia de que al presente no es menester ya ir a buscar a los fabricadores de errores entre los enemigos declarados: *se ocultan*, y esto es precisamente objeto de grandísima ansiedad y angustia, *en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia.* Enemigos, a la verdad, tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados. Hablamos, venerables hermanos, de un gran número de católicos seglares y, lo que es aun más deplorable, *hasta sacerdotes*, los cuales, con pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en Filosofía y Teología, e impregnados, por el contrario hasta la médula de los huesos de ve-

nenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo, se jactan, a despecho de todo sentimiento de modestia, como *restauradores de la Iglesia,* y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar la propia persona del divino Redentor, que rebajan, con sacrílega temeridad a la categoría de puro y simple hombre".

Estima Pío X que la Iglesia no ha tenido peores enemigos. "Porque, en efecto, como ya se notó, *ellos traman la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro:* en nuestros días, prosigue el Papa, el peligro está casi *en las entrañas mismas de la Iglesia* y *en sus mismas venas;* y el daño producido por tales enemigos es tanto más inevitable cuanto más a fondo conocen a la Iglesia. Añádase que han aplicado la segur no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas. Mas una vez herida esa raíz de vida inmortal, pasan a hacer circular el virus por todo el árbol y en tales proporciones que no hay parte alguna de la fe católica donde no pongan su mano, ninguna que no se esfuercen por corromper. Y mientras persiguen por mil caminos su nefasto designio, su táctica es la más insidiosa y pérfida. Amalgamando en sus personas al racionalista y al católico, lo hacen con habilidad tan refinada, que llevan fácilmente la decepción a los pocos advertidos. Por otra pare, temerarios consumados, no hay linaje de consecuencias que los hagan retroceder, o, más bien, que no sostengan con obs-

tinación y audacia. Juntan con esto, y es la más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, asiduidad y ardor singulares hacia todo género de estudios aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables. Por fin, y esto parece quitar toda esperanza de remedio, sus doctrinas les han pervertido el alma de tal suerte, que han venido a ser despreciadores de toda autoridad, impacientes de todo freno, y atrincherándose en una conciencia mentirosa, nada omiten para que se atribuya a celo sincero de la verdad lo que sólo es obra de la tenacidad y del orgullo".

Difícilmente hubiera podido el Santo Pontífice señalar con más precisión y valentía la honda revolución que con el nombre de "*modernismo*" se estaba gestando en el seno mismo de la Iglesia. Aparentemente las condenaciones pontificias aplastaron dicha herejía o, por mejor decirlo, ese cúmulo de herejías, que, en el fondo, implicaban el rompimiento total de nuestras sagradas tradiciones y la destrucción de toda nuestra religión. Quedaban los nombres, pero vacíos del sentido de nuestros dogmas, de nuestras creencias seculares.

Mas, el *modernismo* no murió. Cambió de nombre, de apariencias y de métodos, aunque no de intenciones ni de metas. El *modernismo* hoy se llama *progresismo*. Antes era el *agnosticismo*, el *fenomenismo*, el *ateísmo científico*, la *inmanencia vital*; ahora es el *historicismo* que pretende diluir a Dios, la religión, el dogma y la liturgia en una teología positiva, en la que la interpretación histórica de épo-

cas y acontecimientos ya pasados ha muchos siglos y la exégesis aventurera e inescrupulosa vengan a ocupar los argumentos sólidos de la antigua teología y filosofía escolástica, que ha venido en desuso, como algo ya anticuado y absurdo, para dar lugar, sin trabas ni impedimentos, a una filosofía y teología moderna, flexible, acomodaticia y comprensible para el mundo moderno que surge del caos catastrófico de un pasado ya muerto.

Durante siglos, desde la ruptura protestante, hemos venido sosteniendo una lucha feroz y agotadora contra todas las formas del pensamiento humano que han nacido de la revolución protestante y de los cambios radicales que los progresos incuestionables de las ciencias, de la industria y de la técnica moderna han traído. Hemos descubierto un nuevo mundo, que no admite dogmatismos, ni limitaciones en la libertad de su pensamiento, ni religión, ni a Dios mismo. Por eso el progresismo, dejando la tradición, la síntesis tomista, los viejos argumentos de la escolástica, busca una nueva cimentación a la fe religiosa, un diálogo ecuménico con el mundo materialista y ateo, una *transacción* decorosa entre la verdad y el error, entre la religión de Cristo y sus mortales enemigos: religión en la negación de la religión, teismo y espiritualismo en el ateismo y el materialismo, libertad en la esclavitud, paz en medio de la guerra. Esta es la *coexistencia pacífica*, religiosa, social, política, económica y moral que el *progresismo* sueña, busca y trata de realizar en su demencia.

El progresismo tiene sus paladines más avanzados en Francia y Alemania. Francés es el Padre Teilhard de Chardin, S.J., y profesor de teología de la Universidad de Tübingen el revolucionario teólogo, de origen suizo, Hans Küng. No son los únicos, pero son de los más destacados exponentes de la "*nueva filosofía y teología*". Hasta ahora, sin embargo, los dos han tenido diversa y opuesta suerte en su aventura reconstructiva o reformista; pues, mientras el P. Teilhard de Chardin, S.J. ha recibido un *Monitum* del Santo Oficio publicado el 30 de junio de 1962, por cierto bastante suave e indulgente, en el que se invita a los Obispos y Superiores Religiosos a poner en guardia a los fieles contra los peligros debidos a las ambigüedades y errores filosóficos y teológicos contenidos en sus obras, el P. Hans Küng, a mi juicio más peligroso, más independiente y en muchas de sus tesis más escandaloso que el P. Teilhard, fue elegido por Juan XXIII como teólogo oficial del Concilio, parece ser que por consejo del Cardenal Cicognani, Secretario de Estado de Su Santidad.

Dos escritos principales exponen la sistematización a la vez científica y religiosa del P. Teilhard de Chardin: "El Fenómeno Humano" y "El Medio Divino".

La primera es una obra consagrada a la génesis del género humano, a partir de sus más antiguos orígenes cósmicos. Su estudio elimina en absoluto los problemas metafísicos —causa eficiente y causa final— que esta génesis implica. "Nada más que el

fenómeno (es decir, la apariencia sensible), pero todo el fenómeno".

El Padre Teilhard es un evolucionista sin reservas. Su explicación, su principio motor de esta continua y permanente evolución cósmica, de la que somos nosotros mismos parte, es la que él llama "*Ley de Complejidad y de Conciencia*". Es decir ley universal: en toda la escala de los seres vivos, el grado de conciencia vital es proporcionado siempre al grado de complejidad del organismo nervioso, y, en los animales superiores a la complejidad del cerebro. El máximo de conciencia es actualmente alcanzado por el hombre, cuya conciencia es de otra naturaleza: reflexión y pensamiento.

Todos los fenómenos vitales suponen dos formas de actividad o de energía: 1) la *física,* común a todos los cuerpos incluso no vivos y sometida a las medidas cuantitativas, que el Padre llama energía "tangencial". Su actitud es puramente transitiva y modifica las diversas relaciones que las partes de la materia tienen entre sí. 2) La energía *psíquica* interior, inmanente, que el Padre llama "radial" que es estrictamente cualitativa.

Afirma el Padre Tailhard que la energía psíquica, que solamente puede observarse en los seres vivos, *se encuentra también,* aunque de manera infinitesimal e imperceptible para nosotros, *en toda la materia.* No hay, pues, distinción real entre el ser vivo y la materia aparentemente inerte. "Toda anomalía natural es siempre la exageración, hasta hacerse sensible, de una propiedad repartida por

todas partes en estado imperceptible". Luego la conciencia, que con evidencia vemos en el hombre, tiene una extensión cósmica y, como tal, se aureola con prolongaciones espaciales y temporales". La vida supone una pre-vida. La menor partícula material tiene, como en embrión, un germen de conciencia. Este embrión de conciencia, ya real en las partículas más elementales, se acrecentará y evolucionará en los átomos, después en las moléculas y finalmente en el hombre. "Perfección espiritual y síntesis material no son más que las caras o partes de un mismo fenómeno".

Tres etapas distingue el P. Teilhard de Chardin en la formación del Universo creado. No habla de creación: es metafísica; habla más bien de "*cosmogénesis*". En esa evolución, cuyo origen, ni principio explica, hay una progresión continua de complejidad cuantitativa (energía física) y de intensidad cualitativa interna (energía psíquica). En este continuo devenir, hay tres saltos o transformaciones cualitativas más profundas y, por así decirlo, más perceptibles:

1o).—El salto de los no vivos a los vivos: La energía psíquica, aún imperceptible, de los átomos o de las moléculas acaba por alcanzar un punto crítico, a partir del cual no puede aumentar sin sufrir una profunda y radical transformación: la pre-vida se convierte en vida, en su forma ya observable, aunque más humilde.

2o).—La segunda etapa, (biogénesis) es el desarrollo de la vida sensible: aumento progresivo, con

progresión siempre creciente, de la complejidad de la energía psíquica.

3o).—Prosiguiendo la complejidad orgánica, siempre en evolución, la energía animal se transforma y da origen a una nueva manifestación, esta vez definitiva, de la conciencia: la reflexión, el pensamiento, el hombre. La evolución individual ha alcanzado su último término al llegar a una perfecta reflexión plenamente centrada sobre sí misma.

El empuje biológico de la evolución, sin embargo, no se detendrá; tomará formas distintas. Ya no son las células orgánicas las que vendrán a asociarse en una síntesis orgánica superior, en un cerebro más complejo; ahora serán los centros psíquicos o espirituales (los granos de pensamiento) los que se asociarán en una síntesis científica y social. Es el momento o etapa de la *socialización complejificación* de pensamientos personales, que reemplazan a las células corporales. Esta etapa presenta caracteres totalmente nuevos:

1.—Reagrupamiento universal de la humanidad. No sólo algunos espíritus humanos privilegiados, todos los hombres, todos los centros de pensamiento van a agruparse entre sí para construir un nuevo organismo espiritual superior. Sólo serán separados quienes libremente rehusen asociarse.

2.—Este agrupamiento espiritual no tiende ya a constituir un superhombre, una super-humanidad. El punto a que tienden a encontrarse todos los espíritus humanos no puede ser más que *un espíritu personal, trascendente y preexistente a todos,* al que

el Padre Teilhard ha denominado *"Punto Omega"*, punto final o Centro de convergencia natural de todos los espíritus. Este *Punto Omega*, anterior y por encima de toda evolución, es él mismo un ser personal y espiritual; es al que los metafísicos llaman Dios.

Este agruparse de las conciencias alrededor del Punto Omega se hace de dos maneras: a) Por la *asociación individual* de cada espíritu personal a Dios, en el momento de la muerte; y b) Por la *socialización*, biológicamente necesaria, que se realiza en la historia del mundo, en el seno de la colectividad humana en evolución, hasta llegar a ser una gran reflexión colectiva, cuyo término ideal sería una perfecta comunidad de pensamiento y de amor. Al llegar a su punto crítico, esta socialización perfecta, dice el Padre, exigirá no una transformación, sino una *evasión colectiva* de toda la humanidad fuera de la materia hacia el *Punto Omega;* entonces será el fin del mundo.

La otra obra del P. de Chardin nos expone su pensamiento religioso. Habla ya con lenguaje cristiano y pretende demostrarnos cómo, por la Encarnación, Cristo es ese famoso *Punto Omega*, que la ciencia veía como ideal y término de la evolución cósmica. Debido a la Encarnación, toda realidad creada se ha convertido en sagrada. Lo profano ya no existe. He aquí su argumento: "En el seno del Universo, toda alma es para Dios. Pero, por otra parte, toda realidad, incluso material, es para nuestra alma. Así, alrededor de cada uno de nosotros, toda realidad sensible es por nuestra alma para Dios.

Toda actividad humana, cualquiera que sea la intención del que la realiza, constituye por sí misma una contribución positiva a la construcción del Cuerpo Místico de Cristo.

El Padre Teilhard nos habla de la conexión incluso física y natural que liga nuestra actividad natural con la edificación del Reino celeste; nos habla de un "sumergirnos en Dios", de una "mística de la acción"; e insiste mucho en el valor propio, intrínseco y positivo de la acción humana como tal y de su fruto incluso natural. Este es el primer tiempo de la vida espiritual. La intención sobrenatural, la gracia misma, vienen tan sólo a rehacer o acrecentar una acción ya en sí misma sagrada.

"Yendo al mundo y amándole se va a Dios y se le ama. Es el mundo quien nos conducirá a Dios". La Encarnación ha sacramentalizado al mundo entero. Todas las acciones naturales son elevadas por Dios, para que puedan cooperar a una gran obra de gracia.

"Dios mío, escribe,... para que no sucumba a la tentación de maldecir al Universo, haz que le adore viéndoos oculto en él; nuestra esperanza del cielo no podría vivir a no ser que esté encarnada en una obra temporal. Esta esperanza se presenta como una inmensa esperanza "totalmente humana", que implica el empleo de medios humanos y la búsqueda constante de su perfeccionamiento".

"El progreso del Universo, y especialmente del Universo humano, no es una competencia hecha a Dios, ni una pérdida vana de energías que le debe-

mos. Cuanto más grande sea el hombre, más unido estará a la humanidad, consciente y dueña de su fuerza; también será más bella la creación, más perfecta será la adoración, más encontrará Cristo *por sus prolongaciones* místicas un cuerpo digno de su resurrección. Jamás sabremos todo lo que la Encarnación espera aún de las potencialidades del mundo".

Cristo no volverá a la tierra hasta que se haya realizado el progreso científico y técnico necesario para unificar, concentrar, socializar la humanidad entera de tal forma que esté madura para alcanzar colectivamente el Punto Omega que sabemos es Cristo.

¿Qué podemos pensar de esa revolucionaria y absurda concepción de la teología y de la filosofía chardeniana? Negación implícita de la obra creadora de Dios, contradicción ontológica entre el ser y el no ser. Crear es propiamente, para el Padre, Teilhard, unificar, unir elementos hasta entonces múltiples. Había elementos antes de la creación; eran una multitud desunida que eran la *nada*. "Allí donde hay desunión completa del tejido cósmico no hay nada". Ser y no ser; afirmación y negación; absurdo.

El error filosófico fundamental del P. Teilhard es el de Bergson y de su filosofía del puro devenir, del movimiento sin sujeto que se mueva. Para Bergson, la realidad del mundo está constituida por la *evolución* creadora, el mundo se crea desarrollándose, expandiéndose. Para Teilhard, el mundo está

constituido por una *unión* creadora, una concentración, una reunión, una complejificación. Perpetua creación, porque es una perpetua concentración.

¿Y las almas y los ángeles, substancias espirituales y simples, carentes de partes? Dios crea el alma por la acción continua que ejerce sobre los organismos vivos en curso de evolución. Este es el sentido que Teilhard da a la creación del alma; los ángeles no tienen posibilidad alguna de existencia. Espíritu, en el sentido escolástico de la palabra, no existe ni puede existir, en la filosofía y teología chardeniana.

La creación, entendida según la filosofía del P. Teilhard de Chardin, S.J., "es un misterioso producto del acto de completarse y acabarse del mismo Ser absoluto". Un Dios que necesita complemento, un mundo que completa a Dios; un Dios en permanente evolución... ¡Panteismo, negación de Dios, gnosticismo! ¡Revolución filosófica, nueva en la forma y vieja en las ideas que destruye la esencia misma de toda religión!

El evolucionismo integral del P. Teilhard confunde lastimosamente el orden natural y el orden sobrenatural, fundamental distinción de la teología católica. Habla de *gracia* y de lo *sobrenatural*; parece reconocer la necesidad del concurso y del auxilio divino; pero estas palabras no tienen el sentido de la teología escolástica y de la doctrina definida de la Iglesia; es el socorro divino requerido por la naturaleza a lo largo del aumento de su evolución natural hacia el término final de su concentración.

¿Qué pretende, naturalizar lo sobrenatural o sobrenaturalizar la naturaleza?

Y, en el despeñadero de sus falsas premisas, trata de establecer como el "Punto Omega", como el término de esa evolución natural del mundo, el misterio de la Encarnación del Verbo Divino. Esta evolución materialista no es otra cosa que la formación del Cuerpo Místico del Cristo total. Lo que ante la ciencia es una "*cosmogénesis*", (formación de un mundo que se concentra alrededor de un punto personal y absoluto Omega) no es otra cosa que una "*Cristogénesis*". Toda la evolución en bloque se convierte en "*cristica*".

No prolongo más esta exposición y esta crítica por falta de espacio. Confusión de ideas y subordinación de la fe y sus misterios a opiniones científicas absurdas e insostenibles; destrucción del concepto mismo de la fe. El P. Teilhard construye una nueva teología, en la que todos los misterios y dogmas de nuestra religión se confunden y subordinan a opiniones subjetivas y erróneas. Quiere racionalizar nuestra fe, acomodándola a los procedimientos de las ciencias físicas y naturales. La tendencia del Padre es ir al mundo y no ir a Cristo más que porque es el centro de la evolución del mundo.

Si el P. Teilhard de Chardin, S.J., ha hecho grave daño con sus heréticas doctrinas, mayor, sin duda es la perniciosa influencia del teólogo suizo Hans Küng. Como escribe Tanneguy de Quenetain (Revista Réalités, septiembre de 1963) "él encarna, en lo que tienen de más audaz y más profundo, las

tendencias reformadoras que sacuden en este momento a la Iglesia Católica"... "La primavera pasada, Hans Küng hizo una gira por los EE. UU. y dictó una serie de conferencias en las grandes universidades católicas de Boston, San Francisco, Los Angeles, etc., así como en la Universidad de Yale. El tema de sus pláticas fue *"La Iglesia y la libertad"*. Ante su auditorio estupefacto y entusiasta, se alzó, en nombre mismo de la libertad cristiana, según el Nuevo Testamento, contra *"el espíritu de inquisición"* y la intolerancia *que dejan todavía sus vestigios* en la Iglesia. Declaró que la Iglesia debía proclamar públicamente el derecho de todo hombre de practicar la religión según su conciencia, y que esta doctrina debía aplicarse en países como España. Reclamó la supresión del Index y de la censura previa de los libros".

Es terriblemente penosa la vergonzosa y humillante noticia para los católicos que nos da hoy mismo la prensa: "El ataque de un Cardenal contra el Santo Oficio", guardián y defensor de la ortodoxia, no del Vaticano, sino de toda la Iglesia... "Hubo un nutrido aplauso en la sala del Concilio de la Basílica de San Pedro, dice la Prensa Asociada, aunque los reglamentos de la magna asamblea prohiban eso". ¡Con toda razón, el dignísimo Cardenal Alfredo Ottaviani, Secretario del Santo Oficio se levantó, en sublime y honrosísimo gesto para decir: *"Debo protestar en la forma más vigorosa por la condena que acabamos de escuchar!"* Recordó su Eminencia a los padres conciliares que el Papa mis-

mo es siempre el Prefecto del Santo Oficio. El vocero de prensa del Concilio parafraseó al Cardenal Ottaviani afirmando que los ataques contra el Santo Oficio parten de *falta de conocimiento o algo peor*. Esos son los resultados de las heréticas doctrinas de Küng y sus secuaces y admiradores. No hay por qué admirarnos cuando el teólogo calvinista Karl Barth afirma: "Con Hans Küng me siento como en mi casa".

Dos libros sobre el Concilio ha publicado, que han causado sensación enorme en los medios protestantes: "Concile et Retour a L'Unité", el *Concilio y el Retorno a la Unidad;* y "Le Concile, Epreuve de L'Eglise", *El Concilio, prueba de la Iglesia.*

En un alarde de franqueza, con intolerable presunción y jactancia, el teólogo tubigense, impugna todas las tradiciones, todos los dogmas, todo lo más precioso y sagrado de nuestra religión: "Toda institución, dice él, incluso la más santa, (por ejemplo, la celebración de la Eucaristía), toda constitución, (por ejemplo, la preeminencia del Papa), pueden, en el proceso de formación y de deformación histórica, llegar a ser tales que tengan necesidad de una renovación y, en consecuencia, deban reformarse y renovarse".

El pide al Concilio, para que tenga éxito, que adquiera "una conciencia *radical* en solo el Evangelio, en la perspectiva práctica de nuestra época y para nuestra época". "El Concilio debe tener en cuenta las legítimas pretensiones de los protestantes, de los ortodoxos, de los anglicanos y de los

liberales". Se regocija de que "Juan XXIII, por primera vez, después de cuatrocientos años, haya echado por tierra, de manera decisiva, las barreras de la incomprensión, de la pasividad, del aislamiento, de la actitud meramente defensiva, de los retrocesos; y que haya instaurado un activo y vigoroso espíritu de comprensión hacia nuestros hermanos separados". La Iglesia tiene derecho a exigir "grandes sacrificios al Ministerio de Pedro (es decir al Papa y al Primado de su Jurisdicción y Magisterio Supremo e Infalible), si ella quiere recobrar su unidad".

El quiere que se hable más de los deberes del Papa, que de sus derechos; y que se hable más sobre los derechos de los Obispos que sobre sus deberes. El Ministerio apostólico de los Obispos debe, dice él, recobrar el espíritu del Nuevo Testamento. "*La inerrancia del Papa se integra naturalmente en la estructura de la Iglesia*". "La Iglesia de hoy, categóricamente afirma, tiene necesidad ante todo de probidad".

Habla también "*del mejoramiento de los dogmas*". "Como fórmulas humano-históricas, las definiciones de la Iglesia son por sí mismas susceptibles de mejoramiento y deben ser mejoradas. Uno de los caracteres del dogma es su perspectiva de polémica. Por tanto, una verdad definida, polémicamente contiene un aspecto particular de error. Toda proposición, en su formulación verbal, puede ser verdadera y falsa. Es más difícil descubrir cómo ha sido pensada que cómo ha sido dicha. La tarea

ecuménica de la teología de ambos lados consiste en ver la verdad contenida en el error de los otros, y el probable error que se encuentra en la propia verdad".

LO QUE YO PIENSO SOBRE LA TEOLOGIA DE HANS KÜNG

Aquí aparece sintetizado el pensamiento del famoso teólogo alemán, que en sus recientes conferencias escandalizó grandemente a los poco escandalizables católicos de los Estados Unidos y aparece claramente la honda y funesta revolución que con el atractivo nombre de *progresismo* se está gestando en el seno de la Iglesia y que, según parece, puede aflorar dentro del mismo Concilio Ecuménico, Vaticano II.

Si Küng se jacta de ser franco, no permitiré yo que me haga ventaja en su franqueza. Es necesario llamar al pan, pan, y al vino, vino. Es imperioso desenmascarar a la herejía que hace alardes de razonamientos teológicos. Es vital para el futuro de la Iglesia el que sean descubiertos los lobos revestidos con pieles de ovejas.

Porque, para empezar con un alarde de franqueza, yo considero todo lo que Küng ha escrito no sólo como algo escandaloso, "piis auribus ofensivo", sino en muchas proposiciones abiertamente herético, destructor y perverso. Con la doctrina del teólogo alemán todo el catolicismo se sacude, se desquebraja, se destruye. El "Nihil obstat" y el "Impri-

matur", que anteceden y avalan los libros del teólogo del Rhin no cambian la doctrina intrínseca que el autor enseña y que pretende sea aceptada por el Concilio. Vayamos por partes:

1) Küng, con intolerable arrogancia, se atreve a condenar así, en bloque, al V Concilio Lateranense, al que llama fracaso, catástrofe para la Iglesia, insinuando que fue dicho Concilio la causa de la revolución protestante. *"Post hoc, ergo proptor hoc"*: El protestantismo luterano estalló seis meses después del V Concilio Lateranense; luego, en buena lógica, fue el Concilio la causa de esta hecatombe. ¡Vaya una lógica! Señor Küng, no nos haga comulgar con ruedas de molino.

2) ¡No se da cuenta el teólogo alemán de que la condenación así, en bloque, de un Concilio, implica lógica e inevitablemente, la condenación de todos los Concilios; más aún, la condenación del Magisterio vivo, auténtico e infalible de la Iglesia! ¿No comprende que, al quitar el fundamento, el edificio todo viene a tierra?

3) ¿Qué insinúa el atrevido teólogo cuando quiere que el Vaticano II adquiera una conciencia radical en sólo el Evangelio, en la perspectiva práctica de nuestra época y para nuestra época? ¿Es, acaso, lo que comenta el escritor de "Le Monde" cuando afirma que el porvenir de la Iglesia pertenece a los audaces, y que es necesario volver a descubrir la tradición milenaria del catolicismo?

Luego la Iglesia en que nacimos, en la que fuimos bautizados, en la que hemos creído, por la que

hemos luchado, a la que hemos entregado nuestra vida, *no es la verdadera Iglesia de Cristo.* Esta es una Iglesia hecha por los hombres y ahora es necesario volver al verdadero espíritu evangélico, a la auténtica doctrina de Jesucristo, que estaba oscurecida, encubierta, sepultada por la obra fatídica de los Concilio y de los Papas. ¿Quién me garantiza ahora que la obra de este Concilio y de este Papa no sea una nueva trampa, un nuevo engaño? ¿Cuál es entonces la norma y el criterio de la verdad?

4) Con autoridad casi dogmática el señor Küng señala al Concilio el camino a seguir. Desde luego, hay que tener en cuenta las legítimas pretensiones de los protestantes, de los ortodoxos, de los anglicanos y de los liberales. ¿De cuáles pretensiones legítimas habla el teólogo? De las *doctrinales,* supongo, ya que de doctrina escribe y habla. ¿Nos quiere decir que algunos errores, profesados por nuestros hermanos separados y condenados por la Iglesia, son pretensiones legítimas, que indebidamente fueron desechadas y, más indebidamente, fueron condenadas por Papas y Concilios? ¿No comprende el señor Küng que se está echando la soga al cuello? ¿No se da cuenta que quiere establecer oposición doctrinal entre los Papas y los Concilios? ¿En dónde está la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia?

5) "La Iglesia de hoy, categóricamente afirma, tiene necesidad, ante todo, de *probidad*". La necesidad supone carencia. Luego implícitamente afirma nuestro teólogo que la Iglesia no tiene, ni ha tenido

—quién sabe por cuántos siglos— *probidad.* Ha sido una impostora; ha vivido engañando a los fieles. Obstinada en sus negaciones, no ha querido tener en cuenta las justas y rectas demandas de nuestros hermanos separados.

6) "El Vaticano II, según Küng, solamente tendrá éxito si adquiere una conciencia radical en sólo el Evangelio, en la perspectiva práctica de nuestra época y para nuestra época". ¡Fuera la tradición fuera las opiniones de los Padres y Doctores de la Iglesia, fuera los anteriores Concilios Ecuménicos y las definiciones dogmáticas suyas y de los Sumos Pontífices! Evangelio, sólo Evangelio; hay que redescubrir el cristianismo, falseado por la Iglesia de casi veinte siglos. Por otra parte, ese mismo Evangelio hay que interpretarlo y acomodarlo en "la perspectiva práctica de nuestra época y para nuestra época". La verdad pragmática, la verdad utilitaria. No es el tiempo el que ha de ajustarse a las normas olvidadas del Evangelio Eterno; son estas normas las que han de adaptarse a nuestra época.

7) Según el teólogo tubigense, "católicos y protestantes son igualmente responsables de la división que hay en la Iglesia". El sofisma es sutil, ya que confunde hábilmente a los hombres y a las instituciones. Miserias y pecados ha habido en los hombres que son católicos, y hasta en los miembros del Clero y de la más alta Jerarquía, como también los ha habido, y más escandalosos y abominables en los hermanos separados y en sus apóstatas fundadores; pero, amigo Küng, esas humanas debilidades no son

la Iglesia, aunque tal vez sí sean el protestantismo. La Iglesia nunca enseñó ni autorizó el mal; mientras que el protestantismo, al mutilar y falsear la doctrina de Cristo, sí vino a justificar, a legalizar, a propagar esos abusos. ¿Pruebas? ¿Para qué, si usted las conoce?

8) En su frase laudatoria al llorado Pontífice Juan XXIII, usted, al afirmar que él vino a "echar por tierra de manera decisiva las barreras de la incomprensión, de la pasividad, del aislamiento, de la actitud meramente defensiva, de los retrocesos...", condena implícitamente a los Papas y Concilios (Trento y Vaticano I), que durante cuatrocientos años tuvieron otra actitud que usted ahora considera equivocada, por lo menos, si es que no falsa, intolerable, casi daríamos herética o cismática. No hemos de olvidar, señor Küng, que en la Iglesia *un tan prolongado período de error,* de obstinación o de malicia institucional *sería una prueba de su humana falibilidad* y una negación de su origen divino. Espíritu de comprensión, sí, para nuestros hermanos separados, siempre y cuando no queramos sacrificar la doctrina inmutable de la divina revelación, ni queramos hacer responsable a la Iglesia de Jesucristo de las revoluciones religiosas que en sus veinte siglos de existencia ha visto desencadenarse entre sus propios hijos.

9) ¡Qué delicado, qué sofístico, qué peligroso es lo que el teólogo tubigense insinúa acerca de las relaciones entre Pedro y los Apóstoles, entre el Papa y los Obispos! Una vez más apela a la Sagrada Es-

critura, al espíritu del Nuevo Testamento, como si la obra de la Iglesia, a través de los siglos, hubiere falseado la institución divina. En buenas palabras: ¿qué desea, qué pide Küng? *Que el Papa sea menos Papa y que los Obispos sean más Obispos.* "El Ministerio apostólico de los Obispos debe, dice él, recobrar el espíritu del Nuevo Testamento". Se recobra lo que se ha perdido. La Iglesia, en su dinámica, había perdido el espíritu del Nuevo Testamento, y ahora es necesario recobrarlo.

Todo el tratado teológico de "Romano Pontífice" cae por tierra. Todo lo que el Vaticano I estudió, precisó y definió por inspiración del Espíritu Santo, necesita ahora revisión y enmienda. Señor Küng, dos principios tan sólo que usted ha olvidado o que maliciosamente quiere olvidar:

a) Cristo hizo a Pedro cabeza y fundamento de su Iglesia; a él le dió las llaves del Reino de los Cielos; a él, *independientemente* de los demás apóstoles, le dió el poder de atar y desatar, es decir, según estudiamos en la teología, el *Primado de Jurisdicción* y la *plenitud del Magisterio de su Iglesia.*

b) Los apóstoles, en tanto participan de las prerrogativas que Cristo les dió, en cuanto son miembros del Colegio Apostólico, en cuanto están unidos con Pedro, ya que el Colegio Apostólico no existe, si no está Pedro.

Considera el señor Küng como una de las tareas más importantes del Concilio, el establecer "un estatuto *jurídico a las reuniones episcopales, nacionales e internacionales*". Pregunto yo: ¿Dependientes o

independientes del Romano Pontífice? Que no es lo mismo un Concilio que un Conciliábulo, aunque sean muchos y de muchos países los Obispos que acudan a él.

Si el origen divino del *Episcopado* en la Iglesia es razón para equiparar, desconociendo el Primado de Pedro, a los Obispos con el Papa, dentro del espíritu del Nuevo Testamento, como insinua Küng; el origen divino del *sacerdocio* también puede fundar nuestra igualdad (la de los simples sacerdotes) con los Obispos. ¿Por ventura el orden sacerdotal no es de institución divina? ¡Fuera la Jerarquía! La *egalité*, la democracia de la revolución!

10) Mucho se ha hablado ahora acerca de la centralización y descentralización; de la nacionalización e internacionalización de la Curia Romana. Yo considero dos conceptos distintos en estas palabras. La Iglesia no puede *descentralizarse* sin perder su constitución orgánica, la que le dió su Divino Fundador. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia.* Es imposible que el edificio no deseanse sobre el único fundamento que Cristo quiso darle. Otra cosa distinta, muy distinta, es la *internacionalización* de la Curia Romana; ésta parece que la exige no sólo el expedito funcionamiento de la misma Curia, sino la catolicidad o ecumenicidad de la propia Iglesia.

11) Una última aclaración sobre este punto básico: La *inerrancia* o infalibilidad Pontificia no está integrada, naturalmente, en la estructura de la Iglesia, sino en la asistencia del Espíritu Santo y en las promesas del Divino Fundador. Por eso las

definiciones dogmáticas *ex cátedra* son por sí mismas, *no por el consentimiento de la Iglesai, infalibles.*

Llegamos con esto al centro mismo de la teología ecuménica de Küng, a la base que él establece en su diálogo con los hermanos separados: "*Los dogmas, las definiciones todas de la Iglesia, como fórmulas humano-históricas, son por sí mismas susceptibles de mejoramiento*".

¿Por qué? "*Porque toda verdad definida, polémicamente, contiene un aspecto particular de error. Toda proposición, en su formulación verbal, puede ser verdadera y falsa*". *De donde se sigue,* dice el agudo teólogo, *que sea más difícil descubrir cómo ha sido pensada una verdad que cómo ha sido dicha. La tarea ecuménica de la teología de ambos lados consiste en ver la verdad* contenida en el error de los otros, y el probable error que se encuentra en la propia verdad.

1) Apliquemos este luminoso principio de Küng, que, a decir lo que siento, nos huele a libre examen protestante y a escepticismo filosófico, y tendremos que empezar a dudar de todos y de todo. ¿Quién me va a revelar, en cada caso, cuál fue el pensamiento del que habla o del que escribe, si la expresión verbal puede tener diversas interpretaciones, puede ser, a un mismo tiempo, falsa y verdadera? Las mismas palabras del Evangelio, como fórmulas humano-históricas, están o pueden estar sujetas a estas fluctuantes interpretaciones. Si las palabras no pueden expresarnos cuál fue el pensamiento de Jesucristo

en ningún caso, ¿quién y con qué autoridad podrá hacerlo?

2) Señor Küng, las definiciones de la Iglesia no son, como usted tan frescamente afirma, *fórmulas* meramente *humano-históricas*. Olvida usted el elemento esencial y característico de esas que usted llama fórmulas humano históricas: *su inspiración divina*; y olvida usted también que existe un Magisterio vivo, auténtico e infalible en la Iglesia, el único que autoritativamente puede darnos, en caso de duda, el sentido de las palabras escriturísticas o de las fórmulas que expresan las definiciones dogmáticas. La posible polémica que en esos casos dudosos podría surgir entre los teólogos, cesa cuando la voz autorizada del Vicario de Cristo o de los Concilios, han dicho su última palabra.

3) Si el principio de contradicción es verdadero, si la lógica existe, no podemos admitir la destructora afirmación del Padre Küng que precisa la labor de la teología ecuménica, como él llama a las fraternas y amigables componendas entre ortodoxos y heterodoxos; la cual labor "*consiste en ver la verdad contenida en el error de los otros, y el probable error que se encuentra en la propia verdad*". La verdad no tiene error, ni el error tiene verdad. Podrá haber malas interpretaciones, torcidas o confusas expresiones; pero mezcla de verdad y de error, eso no. Esa es una aberración en el orden conceptual. Así como en el orden católico sería absurdo decir que el ser se identifica con el no ser.

En esta época de crisis aterradora, en este mo-

mento de fluctuaciones y mundanzas, en esta hora de transición por la que pasa el mundo, es terrible sacudir y minar en esta forma las creencias arraigadas y seguras que todos teníamos, para venirnos a decir que estábamos equivocados, que la interpretación secular de la teología no era correcta, que es necesario redescubrir el auténtico cristianismo, en el que caben y se acomodan y se funden todas las creencias, todas las religiones, todos los hermanos separados.

Para terminar esta parte, quisiera mencionar, al menos, al filósofo judío-francés, católico bautizado, que con sus tesis atrevidas merece, sin duda, figurar en el número de los más destacados *progresistas*, Jacobo Maritain. Al igual que Lamennais propone soluciones para el mundo de nuestros días, teniendo en cuenta la división de creencias religiosas, las actuales disposiciones de los espíritus y la era nueva en que el mundo entra. El defienda el ejercicio privado y público de cualquier culto, aunque fuera falso, como un derecho natural de la persona humana. Nos parece que las tesis de Maritain han sido tenidas muy en cuenta por los progresistas en su ambicioso y esperanzado diálogo ecuménico, en el que esperan tal vez reconquistar al mundo en una cristiandad más comprensible, más humana, menos rígida, menos inflexible. Lo que importa es la unidad, aunque flexionemos la verdad.

El Eminentísimo Cardenal José Siri, Arzobispo de Génova en una carta del 1 de Agosto de 1959, titulada "*Ortodoxia, Errores, Peligros*", dirigida a

sus Sacerdotes, nos habla "de *ciertas tendencias intelectuales y prácticas que o bien violan el bien sagrado de la ortodoxia católica, o llevan dentro de sí los gérmenes de los cuales nacen, tarde o temprano, contradicciones o, por lo menos, incongruencias con la ortodoxia católica...*" Dice su Eminencia que "Hay gentes que abrigan el pensamiento secreto de un cambio universal de las cosas, al que nadie escapará ni podrá substraerse. Para ellos el problema de la ortodoxia consiste en *adaptarse* o *interpretar*, no en defender sin alterarlo el depósito recibido de los Apóstoles"...

El dignísimo Arzobispo de Génova reconoce el deber que tenemos de amar a nuestros hermanos los protestantes, de pedir por ellos, "para que se lleven a cabo todas las condiciones necesarias para su retorno a la verdad"... "No hablamos de ellos, sino que hablamos de *un clima que, desde Lutero, impregna la historia moderna y que se traduce, no por un proselitismo, sino por formas culturales y estados de animo*"... ya se llame Jensenismo o Iluminismo o Modernismo o Progresismo...

Deseamos, sí, la vuelta de los pródigos a la casa del Padre Celestial; pedimos que la luz del Espíritu Santo ilumine a los que viven en el error. Les abrimos los brazos al regresar sumisos a la Iglesia. Pero, claudicaciones, no; deformación de nuestra verdad católica, no; libertinaje religioso, no, mil veces no.

DOCUMENTO No. 1

Periódico *El Día*. México, D. F.—30 de octubre, 1963. Organo oficioso del Partido Popular Socialista.

Si hay un hombre que encarne, en lo que tienen de más audaz y de más profundo, las tendencias reformadoras que sacuden en este momento a la Iglesia Católica, este hombre es Hans Küng, el joven prodigio de la teología. No tiene más que 35 años. Y, sin embargo, ni siquiera se puede decir que es un hombre de porvenir. Ya es, en la hora actual, una de las grandes voces que se hacen oir en el seno del mundo católico y hasta más allá. La primavera pasada, Hans Küng hizo una gira por los EU y dictó una serie de conferencias en las grandes universidades católicas de Boston, San Francisco, Los Angeles, etc., así como en la Universidad de Yale. El tema de sus pláticas fue "La Iglesia y la Libertad". Ante su auditorio estupefacto y entusiasta, se alzó, en nombre mismo de la libertad cristiana según el Nuevo Testamento, contra "el espíritu de Inquisición" y la tolerancia "que dejan todavía sus vestigios" en la Iglesia. Declaró que la Iglesia debía

proclamar públicamente el derecho de todo hombre de practicar la religión según su conciencia, y que esta doctrina debía aplicarse en países como España. Reclamó la supresión del Index y de la censura previa de los libros teológicos.

DOCUMENTO No. 2

Revista *Tiempo*. 14 de octubre de 1963.—Director: Martín Luis Guzmán. Redactor: Salomón Kahan.

La convocatoria causó irritación en la Curia. El llamado "sindicato de cardenales", a la cabeza del cual está el Cardenal Ottaviani, jefe de la poderosa Congregación del Santo Oficio, se revolvió contra Juan XXIII e hizo lo posible por evitar que el concilio realizara una obra efectiva, a menos que estuviese patrocinada por la Curia. Todos los obispos de la catolicidad enviaron sus informes y sus puntos de vista acerca de los 69 esquemas propuestos por Juan XXIII. Ninguno de esos informes ni puntos de vista fueron tomados en consideración por los funcionarios de la Curia que redactaron el texto definitivo de los esquemas, salvo cuando les convenía.

Este proceder, contra el cual ni siquiera pudo Juan XXIII, sirvió para que la mayoría de los 2,700 prelados y abades que acudieron a la primera sesión del concilio estrecharan sus filas contra la Curia. Era precisamente lo que se había propuesto Juan XXIII. Ottaviani, que había dicho que "el

concilio sería el uguete de Juan XXIII" ,no sólo fue llamado al orden por la presidencia de debates del concilio en dos ocasiones, sino que tuvo que aguantar censuras de parte de muchos obispos. Uno de ellos había dicho: "El Cardenal Ottaviani quiere tratarnos como si fuésemos seminaristas."

La "rebelión" de los obispos fue considerada por Ottaviani y demás cardenales del "sindicato" como un principio de herejía. Hasta se habló en *L'Osservatore Romano* de la posibilidad de que el concilio depusiera al Papa si lo consideraba hereje. El "sindicato" editó por entonces —octubre de 1962— un libelo titulado *Comploto contra la Chiesa* y con el seudónimo de *Maurice Pinay*, en el que se afirmaba que el concilio era una intriga contra la Iglesia Católica y que podría degenerar en herejía. "Es una gigantesca conjura comunista, masónica y sionista para destruir la Iglesia", decía el libelo.

Claramente se acusaba de heresiarca al Cardenal Béa, mano derecha del Papa Juan XXIII. La muerte de éste causó cierto alivio en la Curia romana: "Archivaremos todo lo relativo al concilio", se decía en ella. Pero Paulo VI, fiel al legado de su predecesor, mantuvo la vigencia del concilio y convocó a segunda sesión. Era imposible contener la corriente reformista que se había producido entre los dos mil setecientos y pico de padres conciliares que habían asistido a la primera sesión y se preparaban a acudir a la segunda con más brío y más confiados en su fuerza.